

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS



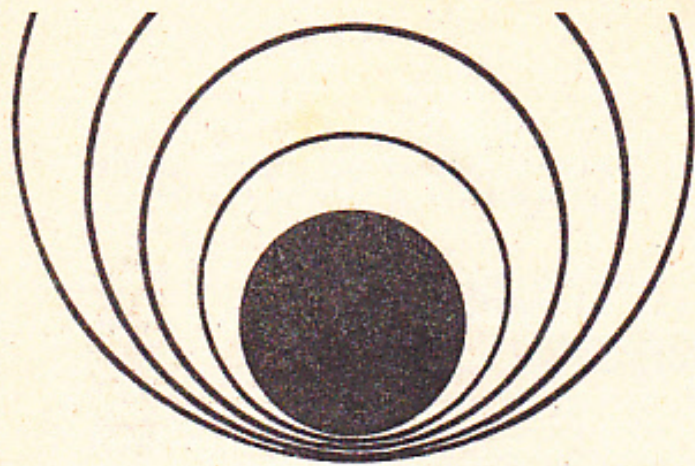
POLICIACO

KID "manos de piedra"

JOSEPH BERNA



**GAÑE 1
MILLON**
DE PESETAS



PUNTO ROJO



JOSEPH BERNA
KID "MANOS DE PIEDRA"

Colección PUNTO ROJO n.º
1.174 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR EN LAS
COLECCIONES DE
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:

Servicio Secreto
Punto Rojo
Bisonte Serie Roja
Bisonte Serie Azul
Búfalo Serie Azul
Héroes del Espacio

1. a edición en España: febrero, 1985 1.a edición en América:
agosto, 1985

Concedidos derechos exclusivos a favor de Editorial Bruguera, S.
A.

Camps y Fabrés, 5. 08006 Barcelona (España)

© Joseph Berna 1985 texto

© Norma 1985 cubierta

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en España Printed in Spain

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 1.679 1985

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Carretera Nacional 152, km 21,650. Parets del Vallés (Barcelona)
1985

CAPITULO PRIMERO

En el Madison Club, uno de los recintos deportivos más populares de San Francisco, se estaba celebrando una interesante velada de boxeo, como casi todos los viernes.

La entrada era buena.

Casi excelente, pues había acudido más gente que de costumbre, y eran escasos los asientos que quedaban libres.

La razón de que el Madison Club rozara casi de lleno, era sin duda el combate de fondo, el que iba a enfrentar a Larey Tilton, más conocido como «El Tigre de California», y Kid Sullivan, que se había ganado en muy poco tiempo el sobrenombre de «Manos de Piedra», por la dureza que sabía imprimir a sus golpes.

Eran auténticas pedradas.

Lo podían atestiguar los rivales que se habían enfrentado anteriormente a Kid Sullivan. Todos ellos perdieron por fuera de combate y tuvieron que ser levantados de la lona por sus respectivos preparadores, porque de lo contrario se hubieran quedado allí, sin fuerzas para incorporarse.

Kid Sullivan tenía veintisiete años de edad y se hallaba encuadrado en la categoría de los pesos pesados.

Había llegado un poco tarde, quizá, al mundo del boxeo, pero estaba recuperando el tiempo perdido. Era un púgil bastante técnico, se movía con ligereza en el ring, a pesar de sus casi cien kilos de peso, y sabía esquivar o detener los golpes del contrario.

Tenía madera de campeón, en opinión de los aficionados que lo habían visto boxear y salir victorioso de todos sus combates. Y podía llegar a serlo, si seguía dedicándose por entero a la práctica del boxeo y sabía cuidarse.

El tabaco, ni olerlo.

El alcohol, ni probarlo.

Las mujeres, ni mirarlas.

Era muy duro, pero...

Larry Tilton, el rival de Kid Sullivan, tenía veintiocho años y mucha más experiencia que éste, pues había llegado antes al mundo del pugilismo y tenía más de sesenta combates disputados como profesional, con un palmarés de victorias realmente importante.

Era un boxeador valiente, duro, agresivo, así que hacía honor a lo de «Tigre de California». Acosaba a sus rivales desde el principio y no les concedía respiro, buscando acorralarles contra las cuerdas, lo cual conseguía muchas veces.

Entonces, lo machacaba con sus puños.

No tenía, desde luego, la pegada tan dura como Kid Sullivan, pero

sus puños hacían también mucho daño y acababan derribando a los oponentes.

De peso y de estatura, ambos púgiles andaban por el estilo, pero Kid Sullivan era un poco más ágil que Larry Tilton. Y tenía más reflejos, también.

Dos cualidades muy importantes, que unidas a la mayor potencia de su pegada, realmente demoledora, suplían la menor experiencia de Kid Sullivan y le convertían en un rival verdaderamente difícil para Larry Tilton.

La pelea, en teoría, estaba muy equilibrada y los aficionados pensaban que cualquiera de los dos boxeadores podía alzarse con el triunfo, por lo que las apuestas estaban divididas.

Los que habían colocado su dinero a favor de Larry Tilton, confiaban en que la agresividad y la mayor experiencia de «El Tigre de California» acabarían imponiéndose y Kid Sullivan sufriría su primera derrota desde que se hiciera boxeador.

Los que habían apostado por Kid «Manos de Piedra», confiaban en que la elasticidad de éste, realmente sorprendente en un peso pesado, su habilidad para burlar o parar los golpes, y sobre todo los «ladrillazos» que soltaba, le darían la victoria.

En cualquier caso, el combate sería tremendamente disputado y terriblemente emocionante. De ahí que los aficionados al boxeo hubiesen acudido en masa al Madison Club, llenándolo casi por completo.

El resto de los combates se habían celebrado ya, deparando momentos gratos a los espectadores, que habían ido afinando sus gargantas para poder gritar a pleno pulmón durante la pelea entre Larry Tilton y Kid Sullivan, animando a uno o a otro, según sus preferencias.

El recinto deportivo, en aquellos momentos, estaba bastante silencioso, al hallarse pendientes la mayoría de los aficionados de la salida de Larry Tilton y Kid Sullivan, que iba a producirse de un instante a otro.

Efectivamente, tan sólo unos segundos después, aparecían ambos boxeadores, acompañados de sus respectivos preparadores, y el griterío fue realmente ensordecedor.

Los púgiles alcanzaron el ring, subieron ágilmente a él, y saludaron al público, que les dedicó otra gran ovación. Las palmas echaban más humo que los cigarros.

Y eso que había muchos puros encendidos.

Pero no todos se acabarían de fumar.

Más de un espectador destrozaría el suyo a mordiscos, llevado del nerviosismo y de la emoción. Especialmente, si las cosas le rodaban mal al púgil por cuya victoria habían apostado.

Larry Tilton se hallaba ya en su rincón, junto a Thick Osell, su preparador, un tipo no demasiado alto, pero con unas espaldas tan enormes que podrían servir para exponer una buena colección de sellos.

Y aún cabrían algunos repetidos.

Kid Sullivan se encontraba en el rincón opuesto, acompañado de Jerry Abbot, su preparador, muy corpulento también, aunque no tanto como Thick Osell.

Jerry Abbot se veía nervioso y preocupado, lo cual parecía lógico, teniendo en cuenta la categoría del rival de su pupilo. Prueba de ello es que también Thick Osell parecía intranquilo, aunque la verdad es que no se le notaba tanto como a Jerry Abbot.

Thick Osell sabía asimismo que el boxeador entrenado por él se las iba a ver aquella noche con un rival peligrosísimo, porque lo había visto boxear y había quedado profundamente impresionado.

Debía confiar, no obstante, en Larry Tilton, de igual modo que Jerry Abbot debía confiar en Kid Sullivan.

El árbitro, que ya se hallaba también sobre el ring, llamó a ambos púgiles y los reunió en el centro del cuadrilátero. Hizo que los boxeadores se saludaran deportivamente y después hizo las advertencias de rigor.

Nada de golpes bajos, no utilizar la cabeza, separarse o retirarse inmediatamente en cuanto él lo ordenara, no pegar después de oír sonar la campana...

En fin, lo de siempre.

Luego, los mandó a cada cual a su rincón y se preparó para señalar el comienzo de la pelea.

Kid Sullivan y Larry Tilton se habían despojado de sus respectivas batas. Sullivan luda calzón rojo; Tilton, negro.

El árbitro indicó el inicio del combate y los boxeadores abandonaron sus respectivos rincones, yendo el uno en busca del otro, mientras los espectadores rugían de nuevo y lanzaban frases de ánimo tan jocosas como éstas:

—¡Duro con Sullivan, Tilton! ¡Demuéstrale que las manos de piedra son las tuyas, las tuyas de mantequilla!

—¡Atízale fuerte, Kid! ¡Muestra que Tilton de tigre no tiene nada, que es sólo un manso gatito!

—¡Sí, dómalo con tus puños y luego sírvele leche en un plato, para que se la beba a lengüetazos y se recupere!

—¡La leche tendrá que bebérsela Sullivan! ¡Y durante varios días, porque Tilton lo va a dejar sin un solo diente y tendrá que alimentarse de otra manera! —replicó uno de los que habían apostado por la victoria de Larry Tilton.

—¡El que se quedará sin dientes será Tilton! —aseguró un simpatizante de Sullivan—. ¡Kid se los hará escupir todos a zambombazos y no tendrá más remedio que ingerir los alimentos triturados!

Hubo más frases parecidas.

Y, tras cada una de ellas, los espectadores más próximos reían con ganas.

Entrando, en el ring, Kid Sullivan y Larry Tilton habían empezado ya a cambiar los primeros golpes. Eran todavía momentos de tanteo, de estudio mutuo, pero ya se advertía que, como de costumbre, «El Tigre de California» quería tomar la iniciativa del combate, acosar a su rival, hacerlo retroceder, empujarlo hacia las cuerdas para acorralarlo en ellas y entonces obsequiarle con una auténtica lluvia de golpes.

Kid «Manos de Piedra», que ya sabía que su adversario intentaría eso desde los primeros compases de la pelea, se movió con mucha ligereza por el cuadrilátero y evitó que Larry Tilton lograra su objetivo.

No le convenía que lo llevara contra las cuerdas.

No menos aún que lo encerrara en uno de los rincones del ring.

Kid necesitaba espacio para desenvolverse a gusto y poder hacer valer su mejor bailoteo de piernas, sus rápidos quiebros de cintura, su mayor agilidad, en suma.

Tilton, contrariado de ver que, a pesar de su continuo acoso, no conseguía llevar a su rival hacia las cuerdas, inició una serie de furiosos golpes, confiado en alcanzarle bien con alguno de ellos y derribarlo.

Sullivan burló hábilmente la mayoría de los golpes y detuvo perfectamente el resto. Pero, como era consciente de que uno de los guantes de Tilton podía llegar nítidamente a su cara, a su estómago, o a su hígado al menor descuido, decidió contraatacar con firmeza, única manera de acabar con el peligroso acoso de su contrincante.

Tilton se apresuró a cubrirse, consciente de que si Sullivan llegaba a conectarle uno de sus demoledores golpes, lo mandaría irremisiblemente a la lona.

Thick Osell, temiendo que eso sucediera, gritó:

—¡Protégete, Larry...! ¡No le dejes meter los guantes!

Tilton se defendió lo mejor que sabía, pero Sullivan le hizo un amago con la derecha y lo engañó, ya que fue la izquierda la que se disparó como un látigo, llegando claramente a su mandíbula.

El golpe, tremendo, envió a Larry Tilton, «El Tigre de California», a la lona, para júbilo de quienes habían apostado por el triunfo de Kid «Manos de Piedra» y desencanto de los otros.

CAPITULO II

El juez del combate ordenó rápidamente a Kid Sullivan que se retirara al rincón neutral e inició la cuenta de los diez segundos reglamentarios.

—¡Uno...! ¡Dos...! ¡Tres!

El público rugía, enfervorizado, porque el trallazo de izquierda soltado por Kid «Manos de Piedra» había sido realmente formidable y se pensaba que Larry Tilton no podría levantarse y continuar el combate.

Thick Osell temía lo mismo y gritó:

—¡Arriba, Larry...! ¡Tienes que continuar...! ¡No puedes perder esta pelea!

El árbitro seguía contando:

—¡Cuatro...! ¡Cinco...! ¡Seis!

Kid Sullivan aguardaba, tranquilo, en el rincón neutral.

A él le daba lo mismo que Larry Tilton se levantara o se quedara tumbado en la lona, pues, aunque lograra incorporarse y se reanudara el combate, estaba seguro de ganar a su rival.

Tilton tenía que acusar forzosamente el potente golpe recibido y ya no sería tan peligroso. Boxearía en inferiores condiciones físicas, y así no podría conseguir la victoria.

Kid miró a su preparador.

Jerry Abbot debería estar saltando de júbilo, pero, sorprendentemente, no era así. Seguía serio, nervioso, preocupado. Más aún que antes de que se iniciara el combate.

Kid se extrañó muchísimo.

¿Qué diablos le pasaba a Jerry...?

¿Por qué no se alegraba de ver a Larry Tilton tumbado en la lona, aturdido por el poderoso zurdazo recibido?

Kid tuvo que dejar de prestarle atención, porque el árbitro estaba terminando la cuenta y quería saber si el combate iba a concluir en el primer asalto o no.

Afortunadamente para los que habían apostado por Tilton, éste pudo levantarse antes de que acabara la cuenta de los diez segundos y el árbitro ordenó seguir el combate.

Los espectadores rugieron de nuevo.

—¡Bravo, «Tigre»!

—¡A ti no hay quien te deje «K.O.»!

—¡Demuéstrale a Sullivan que sigues entero!

La réplica de los simpatizantes de Kid «Manos de Piedra» no se hizo esperar:

—¿Entero, Tilton...? ¡Si camina como un sonámbulo!

—¡Como un borracho, diría yo!

—¡Estás más «groggy» que mi abuela después de su ataque de tensión!

—¡Debe tener la mandíbula hecha migas!

El combate se había reanudado ya.

Larry Tilton, consciente de que acusaba demasiado el golpe recibido, buscó el cuerpo a cuerpo. Era la única manera de impedir que Kid Sullivan lo cazara de nuevo y lo mandara de nuevo a la lona, seguramente de forma definitiva.

Tenía que trabarse a él y esperar el tañido salvador de la campana.

Después, tendría un minuto para recuperarse un poco y recibir los cuidados de su preparador, lo que le permitiría afrontar el segundo asalto con algo más de fuerzas.

El árbitro le ordenó que se separara de su rival, pero Tilton volvió a trabarse en seguida a Sullivan.

Los simpatizantes de Kid «Manos de Piedra» tuvieron ocasión de mofarse de «El Tigre de California».

—¡Tilton quiere bailar con Sullivan!

—¡Sí, se cree que es Fred Astaire y su rival Ginger Rogers!

—¡Que pongan música, hombre!

Los que habían apostado por Larry Tilton tuvieron que tragarse las pullas, porque no podían replicar. Era demasiado evidente que Tilton rehuía la pelea, que sólo trataba de ganar segundos, los pocos que faltaban ya para que concluyera el primer asalto.

El juez cronometrador, en efecto, vio que concluían los tres minutos reglamentarios e hizo sonar la campana, con gran alivio por parte de Larry Tilton y de su preparador, quien se apresuró a colocar la banqueta en el rincón de su boxeador.

Después, Thick Osell trepó al ring.

Tilton venía ya hacia él, medio aturdido. Se derrumbó literalmente en la banqueta y escupió el protector de dientes, que no lo había tragado de milagro.

—Qué coz me ha soltado, Thick... —fue lo primero que dijo, con voz farfulleante.

Osell se esforzó por reanudarlo, mojándole la cabeza, la cara, los hombros, el pecho...

—Te dije que te protegieras, Larry —masculló—. Que no le dejaras meter los guantes.

—No metió un guante, metió una granada de mano. Y estalló en mi mandíbula...

—Sí, ya sé que pega muy duro. No en vano le llaman Kid «Manos de Piedra».

—Yo le llamaría Kid «El Dinamitero»!

—Animo, Larry, el combate aún no ha terminado. La pelea no

está perdida. Si te recuperas...

Mientras Thick Osell atendía a su boxeador, Kid Sullivan dialogaba con su preparador, sentado en su banqueta.

—¿No estás contento, Jerry?

—Claro que estoy contento —respondió Abbot, forzando una sonrisa.

—No te vi saltar de alegría cuando tumbé a Tilton. Ni siquiera te vi sonreír.

—No me viste, pero salté. Y sonreí.

Kid sabía que su preparador mentía, pero ignoraba por qué.

—¿Te preocupa algo, Jerry?

—Nada.

—Estás nervioso. ¿Por qué?

—Bueno, es una pelea difícil y...

—Lo era antes de iniciarse. Ahora, ya no lo es. Tilton no podrá recuperarse del golpe que le di. Como mucho, aguantará otro par de asaltos más.

—No te confíes, Kid. Larry Tilton es un boxeador fuerte y experto, y puede reaccionar. Y darte un disgusto, si te caza con un golpe sorpresivo.

Sullivan sonrió.

—No te preocupes, Jerry. Seguiré boxeando sin confianzas, pero buscaré el golpe definitivo.

—Bien —sonrió también Abbot, aunque volvió a hacerlo sin ganas.

Entretanto, una exuberante pelirroja había subido al ring, portando un cartel en el que se anunciaba que el próximo asalto sería el segundo del combate.

La chica recibió un montón de piropos mientras se paseaba por el cuadrilátero, porque lucía una ceñida camiseta y unos brevísimos *shorts*, que no sólo le permitían exhibir sus hermosísimas piernas, sino también varios centímetros de trasero.

Y encima, se contoneaba deliberadamente con una descarada sonrisa en los labios, para provocar al público y arrancar frases como éstas:

—¡Estás como quieres, pelirroja!

—¡Te comería con cartel y todo, nena!

—¡Eso es una mujer, y no lo que yo tengo en casa!

—¡Si todos los bustos fuesen como el tuyo, las fábricas de sujetadores tendrían que dedicarse a hacer bufandas!

—¡Y qué trasero, madre! ¡Si lo rifaran en una tómbola, compraba todos los números!

La chica rió, divertida, y descendió del cuadrilátero, porque faltaban apenas cinco segundos para empezara de nuevo el

segundo asalto.

Transcurrieron esos cinco segundos y sonó la campana de nuevo.

Kid Sullivan y Larry Tilton se levantaron de sus respectivas banquetas, que fueron rápidamente retiradas por sus preparadores, y caminaron hacia el centro del ring.

Tilton, que se había recuperado algo, intentó sorprender a su rival con una serie de golpes rápidos, pero no lo consiguió. Entre otras cosas, porque no fueron tan rápidos como él pretendía.

Los espectadores gritaban de nuevo, unos pidiendo a Kid «Manos de Piedra» que tumbara otra vez a Larry Tilton, y otros animando a éste para que recuperara la moral e intentara cazar a Kid Sullivan con sus puños.

Kid permitió que su adversario se cansara lanzando golpes lentos e inútiles y, cuando creyó oportuno, proyectó su guante zurdo al hígado de Tilton, totalmente desprotegido en aquel momento.

El golpe, terriblemente doloroso, obligó a Larry Tilton a bajar los brazos, momento que aprovechó Kid Sullivan para soltarle un par de «pedradas» en la cara.

«El Tigre de California» escupió el protector dental, escupió también un par de dientes manchados de sangre, y se desplomó como una cosa muerta.

El público, naturalmente, bramó de entusiasmo.

Casi todos los espectadores se habían puesto en pie, como intuyendo que aquello era el final de la pelea, porque Larry Tilton no podría levantarse sin la ayuda de una grúa.

El árbitro, que pensaba lo mismo, envió a Kid Sullivan rápidamente al rincón neutral y empezó la cuenta de diez, porque era su obligación, pero sabía que «El Tigre de California» no se levantaría aunque le contase hasta cincuenta.

—¡Uno...! ¡Dos...! ¡Tres...!

La cara de Thick Osell era todo un poema, pues adivinaba, como todos cuantos se encontraban en el Madison Club, que Larry Tilton se hallaba totalmente «K.O.»

Lo que no tenía explicación, sin embargo, es que Jerry Abbot continuara serio y preocupado, pues él también debía adivinar que Larry Tilton no podría levantarse.

Kid Sullivan lo miró un instante y pudo comprobar que su preparador no denotaba ninguna alegría, cuando todo el recinto deportivo era un puro clamor.

El árbitro acabó la cuenta y levantó el brazo derecho de Kid «Manos de Piedra», declarándolo ganador del combate.

CAPITULO III

La ovación que el público le dedicó a Kid Sullivan, cuando el árbitro le levantó el brazo, hizo temblar materialmente las estructuras del Madison Club.

Y es que vencer a Larry Tilton, «El Tigre de California», nada menos que por «K.O.» y en el segundo asalto, era una hazaña que nadie esperaba.

Todo el mundo aplaudía, incluso los que habían apostado por Larry Tilton, porque eran buenos aficionados al boxeo y reconocían la clara superioridad de Kid «Manos de Piedra».

Larry Tilton no había tenido prácticamente opción.

La demoledora pegada de Kid Sullivan le había ocasionado la derrota más rápida y más humillante de su dilatada carrera como boxeador profesional, y ya nadie podría pensar en él como futuro campeón.

De pensar en alguien, pensarían en Kid «Manos de Piedra», de cuya categoría nadie dudaría después de su sensacional triunfo frente a Larry Tilton.

Kid saludó a los espectadores, agradeciendo sus aplausos. Sonreía, porque se sentía muy contento, aunque la extraña actitud de Jerry Abbot paliaba un tanto su alegría.

Thick Osell había saltado ya al ring y estaba atendiendo a su boxeador, que seguía tumbado a la bartola sobre la tana, con cara de estar contando ovejitas.

De contarlas... y de querer esquilas después una por una, sin prisas, con toda la parsimonia del mundo.

Kid se acercó, para interesarse noblemente por su rival.

—¿Cómo está Larry?

Osell lo fulminó con la mirada.

—¡Lárgate, repartidor de coces! —ladró.

—Larry tampoco reparte golosinas, que yo sepa —replicó Kid.

—¡Fuera, maldita sea!

Kid comprendió que el preparador de Larry Tilton estaba furioso y no insistió. Como el público seguía ovacionándole, saludó de nuevo con los brazos en alto y hasta lanzó un par de besos al aire, porque también había mujeres en el Madison Club, naturalmente. En escasa proporción, pero las había.

Y a más de una le hubiera gustado encontrarse con los brazos de Kid, pues aparte de ser un excelente boxeador, no tenía nada de feo. Sus facciones, correctas y varoniles, resultaban tan atractivas para el sexo femenino como su fuerte y musculoso cuerpo.

La pelirroja de la ceñida camiseta y de los descarados *shorts* no le

hubiera dicho que no, desde luego. Era de las que más fuerte aplaudía, lo que hacía que sus rotundos senos, totalmente libres bajo la camiseta, se agitasen de una manera realmente excitante. Kid la miró cuando ya Jerry Abbot le estaba echando la bata sobre los hombros, apremiando nerviosamente:

—Vamos, Kid.

El boxeador sonrió y le lanzó un beso a la chica que se paseara por el cuadrilátero, entre el primer y segundo asalto, con un cartel en las manos.

Después, pasó por entre las cuerdas y descendió del ring, siendo imitado por su preparador.

La pelirroja, que se hallaba junto al cuadrilátero, tuvo un arranque de pasión y corrió hacia el púgil. Jerry Abbot no tuvo tiempo de evitar que le echara los brazos al cuello, se pegara a él como un sello, y le diera un fogoso beso en los labios.

Los espectadores que se percataron del hecho, envidiaron al boxeador.

—¡Vaya beso, Kid!

—¡Qué suerte tienes, condenado!

—Pero, ¡cuidado, que esa pelirroja vale por tres!

—¡Si te citas con ella en el próximo combate no podrás ni con los guantes!

Hubo muchas carcajadas después de esta última frase.

Como Kid Sullivan no hacía nada por quitarse a la ardiente pelirroja de encima, porque estaba disfrutando de verdad con su apasionado beso y con el contacto de sus magníficas formas, Jerry Abbot desgranó una maldición y separó a la chica de su boxeador.

—Ya está bien, ¿no? —barbotó.

La pelirroja sonrió sensualmente.

—Quería devolverte el beso, campeón —dijo.

—Todavía no soy campeón —repuso Kid.

—Pero lo serás muy pronto, ya lo verás.

—¿Eres adivina...?

—Sí, tengo una bola de cristal.

Alguien que oyó las palabras de la pelirroja, dijo:

—¡Tiene dos «bolas», pero no son de cristal!

La chica volvió la cabeza.

—¡Cállate tú, bocazas!

Kid no pudo contener la risa.

Su preparador, que seguía nervioso, le empujó.

—¡Vamos, Kid!

Andando ya hacia los vestuarios, el boxeador preguntó:

—¿Cómo te llamas, preciosa?

—¡Angela! —respondió la pelirroja.

—¡Gracias por el beso, Angela!

—¡Ha sido un placer, campeón!

—¡Gracias también por eso!

—¡Lo serás, no lo dudes!

No pudieron cambiar más palabras, porque Kid se había distanciado ya bastante de la chica y apenas la veía. El boxeador iba frenando deliberadamente la marcha, pero como Jerry Abbot no dejaba de empujarlo, alcanzaron los vestuarios.

Un policía montaba guardia en la entrada, con la misión de prohibir el paso a cualquier persona que no estuviera relacionada con los boxeadores de una forma directa.

Los aficionados, por ejemplo, que muchas veces intentaban colarse en los vestuarios para pedir fotografías o autógrafos a los púgiles, tanto antes como después de los combates.

El policía sonrió cuando llegaron Kid y Jerry.

—Ha estado magnífico, Kid.

—Gracias.

—Tienes unos puños que son dos adoquines.

El boxeador sonrió, camino ya de su vestuario.

Kid y Jerry entraron en él, sentándose el púgil en la alargada mesa de masajes, para que su preparador le quitara los guantes y los vendajes de las manos, y también las botas.

Abbot lo hizo con muchas prisas.

Kid lo miró y dijo:

—Sigues nervioso, Jerry.

—¿Yo?

—¿Qué demonios te pasa?

—Estoy emocionado, eso es todo.

—Yo no te noto emocionado, sino preocupado.

—Lo estaba antes; ahora, ya no. Has ganado la pelea y...

—Tú pensabas que iba a perderla, ¿verdad?

—¿Por qué dices eso?

—No te he visto ilusionado en ningún momento. Ni antes de la pelea, ni durante ella, ni después del combate. Todo el mundo ha vibrado con mi actuación menos tú. ¿Por qué, Jerry?

Abbot rió nerviosamente.

—Estás diciendo tonterías, Kid.

—No son tonterías, y tú lo sabes.

—Kid, muchacho...

—Te esfuerzas por aparentar alegría, pero no lo consigues. Tus sonrisas no pasan de ser muecas, claramente reveladoras. Estás disgustado. Y lo demostraste al tratar ariscamente a Angela, la pelirroja que me besó.

—No me gustó que lo hiciera delante de todos. Y tampoco que te

besara con tanto ardor.

—Pues a mí me gustó mucho.

—Ya me di cuenta —gruñó Abbot—. Y eso no es bueno, Kid.

—¿Por qué?

—Si empiezas a tontear con las mujeres...

—No pretenderás que me vuelva marica, ¿verdad?

—Acabas de decir otra tontería.

—Me gustan las mujeres, Jerry. Me gustaban antes de hacerme boxeador y me siguen gustando ahora. Y me gustarán siempre.

—También te gusta fumar y tomar alguna copa de vez en cuando, pero ahora no pruebas el tabaco ni el alcohol, porque sabes que te perjudicaría.

—Eso aún lo resisto, pero no puedo pasarme semanas enteras sin estar con una mujer. Y de hecho no lo hago. Lo que sí hago, es no abusar de su compañía.

—Está bien, allá tú —masculló Abbot.

Kid se bajó de la mesa de masajes y se despojó del rojo calzón, quedando en slip. Todo lo demás, se lo había quitado ya su preparador.

—En cuanto me haya duchado, seguiremos hablando —dijo—. Tengo que saber por qué mi victoria no te ha producido la menor alegría.

—Figuraciones tuyas.

—No, no lo son —respondió Kid, y se introdujo en el cuarto en donde estaba instalada la ducha.

Se despojó del slip, se colocó debajo de la ducha, y soltó el agua.

Después tomó una pastilla de jabón y se friccionó el cuerpo con ella, para eliminar el olor a sudor y a linimento.

Llevaría unos cinco minutos bajo la ducha, cuando sonaron disparos.

Dos, exactamente.

Kid se quedó paralizado.

El ruido de la ducha le hizo dudar de que fueran realmente disparos, pero...

El boxeador reaccionó y cerró el agua de la ducha, atrapando seguidamente al toalla. Sólo se secó la cara. Después, se enrolló la toalla a la cintura y salió del cuarto precipitadamente, preguntando:

—¿Qué ha sido eso, Jerry...?

Su preparador no pudo responderle, porque yacía en el suelo, de bruces, junto a la mesa de masajes, absolutamente inmóvil. Cerca de él, yacía también un revólver calibre 38, de cañón corto, despidiendo olor a pólvora quemada.

CAPITULO IV

Kid Sullivan se quedó clavado, contemplando con ojos agrandados el cuerpo quieto y rígido de su preparador.

—Jerry... —murmuró.

Caminando como un autómatas, el boxeador se acercó a Jerry Abbot, se arrodilló junto a él, y le dio la vuelta. La blanca camiseta del preparador se había teñido de rojo.

Era sangre.

La que fluía del par de orificios que tenía en el pecho, causados por los proyectiles que ahora tenía alojados en el interior de su caja torácica y que parecían haberle causado la muerte.

Efectivamente, era así.

Jerry Abbot estaba muerto.

Su corazón había dejado de latir, seguramente destrozado por alguna de las balas. O por las dos, ya que ambos orificios estaban muy juntos y a la altura del músculo cardíaco.

Kid Sullivan miró el arma que yacía cerca del cadáver.

De una forma maquinal, la tomó con su mano derecha.

El revólver estaba caliente, todavía, y seguía despidiendo olor a pólvora quemada. Evidentemente, era el arma que el asesino había utilizado para matar a Jerry Abbot.

El asesino, sí, porque Kid no tenía la menor duda de que su preparador había sido asesinado. No podía pensar en el suicidio, porque cuando alguien se suicida con una pistola, no se dispara dos veces al corazón.

Además, Jerry Abbot no tenía ningún motivo para quitarse la vida.

Se lo habían cargado.

¿Por qué...?

Kid no lo sabía, pero trataría de averiguarlo.

Lo que estaba claro, es que Jerry temía algo.

Su preocupación, su nerviosismo, su falta de alegría por la victoria frente a Larry Tilton...

¿Habría sido ése el motivo de su muerte?

¿El combate frente a Larry Tilton...?

¿La victoria sobre «El Tigre de California»...?

Kid Sullivan se vio obligado a interrumpir sus pensamientos, porque la puerta se abrió y el policía encargado de vigilar la entrada de los vestuarios se dejó ver, empuñando su arma reglamentaria.

El boxeador lo miró.

El agente descubrió a Jerry Abbot tendido en el suelo, con todo el

pecho cubierto de sangre, muerto. Y, como Kid seguía con el revólver del asesino en la mano derecha, el policía te apuntó con su arma y ordenó:

—Suelta esa pistola, Sullivan.

* * *

Kid «Manos de Piedra» no podía creer lo que estaba viendo.

¡El policía le apuntaba con su revólver!

¡Le ordenaba que soltara la pistola del asesino!

¡Pensaba que él había matado a Jerry Abbot!

Kid se irguió lentamente, con la perplejidad pasmada en su rostro.

El policía insistió:

—He dicho que sueltes la pistola, Sullivan. Si no obedeces, me veré obligado a disparar.

El boxeador abrió la mano y el arma cayó al suelo.

—Eso está mejor —dijo el policía—. Ahora, apártate de Abbot.

Kid se retiró un par de metros.

El agente se acercó a Jerry Abbot, sin dejar de apuntar al púgil.

Puso una rodilla en el suelo y tocó con su mano izquierda el cuello del preparador, comprobando que su arteria carótida no latía ya.

—Está muerto —dijo.

—Lo sé —respondió quedamente Kid.

El policía se irguió.

—¿Por qué lo hiciste, Sullivan?

—Yo no lo maté.

—¿No...?

—Me encontraba en la ducha cuando le dispararon. Tardé sólo unos segundos en salir, pero no vi a nadie. El asesino se había largado ya.

—¿Dejando su pistola...?

—Eso parece.

El policía movió la cabeza.

—Ningún asesino dejaría el arma homicida, Sullivan. Es una pista que no puede ofrecer gentilmente a la policía.

Kid no replicó.

En realidad, él también encontraba extraño que el asesino se hubiese largado sin su revólver.

—Tú mataste a Abbot, Sullivan —acusó el agente.

Kid sacudió la cabeza, mojada todavía, como el resto de su cuerpo.

—No, no fui yo.
—Tenías la pistola en la mano cuando yo entré.
—Sí, pero no la utilicé contra Jerry Abbot. Estaba en el suelo, cerca del cadáver.
—Y tú la cogiste, ¿eh?
—Sí.
—¿Para qué?
—No lo sé. Fue algo instintivo.
—Habrás borrado las huellas del asesino... —dijo el policía, con ironía.
—Me temo que sí.
—Ahora, la pistola tiene tus huellas.
—Así es.
—Nunca ha tenido otras.
—¿Cómo lo sabe?
—Porque está claro que tú disparaste sobre Jerry Abbot, Sullivan, y creo que deberías confesarlo ya.
—¿Por qué iba yo a matar a Jerry?
—Tu sabrás.
Kid sacudió la cabeza de nuevo.
—Le repito que yo no maté a Jerry, agente. Lo encontré muerto cuando salí de la ducha.
—Sí, eso dijiste antes. Y dijiste, también, que el asesino se había largado ya.
—En efecto.
—¿Por dónde huyó?
—No lo sé.
—Yo no me moví en ningún momento de la entrada de los vestuarios, Sullivan. Estaba allí cuando creí oír un par de disparos. Y me pareció que sonaban aquí, en tu vestuario. Desde la entrada, tú lo sabes, se ve la puerta de este vestuario. Yo me volví en cuanto oí las detonaciones. Si hubiera salido alguien de este vestuario, yo lo habría visto. Y no vi salir a nadie, Sullivan.
—Pues no creo que el asesino se convirtiera en humo, agente.
—Yo tampoco.
—Tuvo que salir por algún sitio.
—No, no salió. Seguía aquí cuando yo entré. Y empuñaba todavía el arma homicida. Tú eres el asesino, Sullivan. Y lamento que lo seas, porque te admiro como boxeador.
Kid apretó las mandíbulas.
—¿Cómo quiere que le diga que yo no...?
—Ya se lo dirás al juez. Ahora, vístete. No puedo colocarte las esposas mientras sigas así, envuelto en una toalla.
Kid no insistió.

Sabía que no serviría de nada.

Y la verdad es que no podía culpar al policía.

Le había sorprendido con el arma homicida en la mano, junto al cadáver de Jerry Abbot. Y si era cierto que el agente no había visto salir a nadie del vestuario...

Sí, era lógico y natural que pensara que él había matado a su preparador. Y lo peor es que también el juez lo pensaría, cuando oyera la declaración del policía.

Y allí estaba el revólver utilizado para enviar al otro mundo a Jerry Abbot, pero no con las huellas del verdadero asesino, sino con las suyas.

Kid se recriminó a sí mismo por haber tomado el arma.

Había sido un acto inconsciente y estúpido, pero de nada servía ya lamentarse. Lo que debía hacer, era sorprender al policía y desarmarlo.

No podía permitir que le detuviera.

Si le colocaba las esposas y lo llevaba a la comisaría ya no podría averiguar quién había asesinado a Jerry! Abbot y por qué. Y tenía que averiguarlo, porque era la única manera de demostrar su inocencia.

—He dicho que te vistas, Sullivan —recordó el agente.

—Está bien —rezongó Kid—. Deje el slip en la ducha. Voy por él.

—No intente nada, ¿eh, Sullivan?

—Sígame, si no se fía de mí.

—Pensaba hacerlo.

Kid entró en el cuarto de la ducha.

El policía b siguió, pero se quedó en la puerta.

Kid recogió su slip y se despojó de la toalla, quedando completamente desnudo. Pero el agente apenas pudo verle, porque le arrojó la toalla a la cara y le cubrió totalmente la cabeza.

El policía escupió una maldición e intentó arrancarse la toalla, pero el boxeador saltó sobre él, le sujetó el brazo derecho con la mano izquierda, para que no pudiera dispararle, y le estrelló el puño diestro en el mentón.

La toalla, lógicamente, apenas amortiguó el puñetazo y el policía se derrumbó al instante, emitiendo un gemido. Mientras caía, soltó la pistola.

Kid se inclinó y retiró la toalla, comprobando que el policía había perdido el conocimiento. Lo que el boxeador no sabía, es lo que el agente tardaría en despertar, así que tenía que darse mucha prisa en vestirse y largarse de allí.

CAPITULO V

Kid Sullivan se había vestido ya. Mientras recogía sus cosas y las metía con rapidez en la bolsa de deporte, echó un par de miradas al policía.

El agente seguía inmóvil, sin conocimiento.

Kid acabó de guardar sus cosas y clavó sus ojos en la pistola que el asesino utilizara para matar a Jerry Abbot. Dudó unos segundos entre llevársela o dejarla allí, tirada en el suelo.

Finalmente optó por recoger el arma y meterla también en su bolsa.

Era mejor llevársela.

Tenía sus huellas y...

Kid cerró su bolsa de deporte, echó una última mirada al policía, otra al cadáver de Jerry Abbot, y abandonó el vestuario. Lo hizo con precaución, abriendo primeramente la puerta apenas un palmo y echando una ojeada fuera.

No vio a nadie y salió del vestuario, cerrando la puerta.

Era extraño, pero pese a no estar el policía montando guardia en la entrada de los vestuarios, no se había colado ningún espectador en busca de fotografías o autógrafos de los boxeadores que aquella noche habían subido al ring del Madison Club.

Y es que los aficionados habían abandonado ya el recinto deportivo cuando el policía oyó los disparos y dejó la vigilancia para acudir al vestuario de Kid «Manos de Piedra».

Sullivan se alegró de no tropezar con ningún espectador, claro, porque le hubieran hecho perder el tiempo y él tenía mucha prisa. Con paso raudo, casi al trote, se dirigió hacia la salida. Pero no la salida principal, la que utilizaba el público, sino la otra, la que usaban los boxeadores, sus preparadores, y los empleados del Madison Club.

El púgil la alcanzó sin que nadie le entretuviera y salió del recinto deportivo. Cerca de allí, aguardaba el coche de Jerry Abbot, un Ford oscuro.

Lamentablemente, el coche no estaba solo.

Había varios hombres junto a él.

Eran periodistas.

Estaban aguardando la salida de Kid Sullivan y de Jerry Abbot, para entrevistarlos a los dos y dar sus respuestas en los periódicos de la mañana.

Kid se detuvo al instante y se pegó a la pared, para no ser descubierto por los periodistas. Si lo veían, lo rodearían al momento y le harían una lluvia de preguntas.

No podría librarse de ellos tan fácilmente, le harían perder el

tiempo precioso, y quizá el policía se recobrase y apareciese antes de que él pudiera largarse en el coche de Jerry Abbot.

Kid maldijo para sus adentros.

Necesitaba un coche para alejarse rápidamente del Madison Club, pero no podía utilizar el de su preparador, por culpa de los periodistas deportivos.

De pronto, el púgil reparó en un Chrysler azul. Era un modelo bastante antiguo y no estaba, desde luego, bien conservado. Pero no fue esto lo que llamó la atención de Kid, sino la chica que estaba sentada al volante.

¡Era Angela!

¡La atractiva pelirroja que le diera el apasionado beso cuando él descendió del ring, tras su brillante victoria sobre Larry Tilton!

Ella le estaba mirando, con la sonrisa en los labios, y le hizo un gesto con la mano. Evidentemente, había estado aguardando su salida del Madison Club.

Aunque, ¿para qué?

Si Kid hubiera salido acompañado de Jerry Abbot, como hacía siempre, la pelirroja no habría ni podido acercarse a él, porque Jerry no lo hubiese permitido.

Pero Kid no pensaba en eso ahora, sino en alejarse del Madison Club y de los periodistas deportivos como fuera, y la chica podía alejarlo en su coche.

El boxeador no dudó más y corrió hacia el viejo Chrysler de la pelirroja, procurando no ser visto por los periodistas, que dialogaban entre sí, comentando admirados la sensacional actuación de Kid «Manos de Piedra» frente a Larry Tilton, «El Tigre de California».

Eso fue lo que les impidió descubrir a Kid Sullivan.

El púgil alcanzó el coche de la pelirroja, subió rápidamente a él, e indicó:

—Larguémonos, preciosa.

La chica, un tanto sorprendida, preguntó:

—¿Te has escapado de tu preparador...?

—No, me ha dado permiso.

—¿Para qué?

—Para celebrar mi victoria frente a Larry Tilton con una mujer.

—¿Y me has elegido a mí...?

—Sí.

—¡Fantástico! —se alegró la pelirroja.

—Vámonos, Angela, antes de que Jerry Abbot se arrepienta —apremió Kid, mirando la salida de servicio del Madison Club.

—¡Como las balas, campeón! —respondió la chica, y puso el coche en marcha.

Bueno, trató de ponerlo en marcha, que no es lo mismo.

El motor no arrancaba.

Kid, nervioso, recordó:

—¿Dijiste como las balas, preciosidad...?

La chica soltó una risita.

—Tranquilo, hombre. El coche no es nuevo y le cuesta un poco de arrancar. Pero, cuando se lanza, no hay quien lo pare.

—¿También le fallan los frenos...? —respingó Kid.

La pelirroja rió.

—¡No, hombre! —exclamó—. Lo que quise decir es que, cuando el motor arranca, no se para aunque trabaje varias horas seguidas.

—Por si acaso, no enfiles hacia la bahía. Podríamos precipitarnos a ella y no sé nadar.

La chica volvió a reír.

—¡Eso es un chiste, seguro!

Kid miró de nuevo hacia la salida de servicio del Madison Club.

—Por tu madre, Angela, haz que este cacharro se ponga de marcha de una vez —rezongó.

—Lo estoy intentando, campeón. Normalmente, no suele fallar tanto el arranque. Pero hoy, para dejarme mal, está fallando más que nunca.

—Me están entrando ganas de bajar y empujar —masculló Kid.

—¿Por qué no lo haces?

—Me verían los periodistas. Y no quiero que me entretengan.

—¡Ni yo!

—Como salga quien yo me sé, adiós diversión —gruñó Kid, pensando en el policía, quien seguramente habría vuelto ya en sí. Angela, pensando que se refería a su preparador, rió y dijo:

—¡Te has escapado, no hay duda!

Kid iba a soltar un taco, pero se lo tragó, porque justo en aquel momento el viejo motor del Chrysler arrancaba y el coche se ponía en movimiento.

—¡Lo conseguí, campeón! —exclamó la pelirroja.

—Ya era hora —rezongó Kid, y se agachó como si pretendiera recoger algo del piso del vehículo.

Lo que quería en realidad, era ocultarse para que los periodistas no le vieran cuando el Chrysler pasara cerca de ellos.

—¿Qué se te ha caído? —preguntó Angela.

—Nada.

—¿Y qué haces agachado...?

—Ocultarme de los periodistas.

—¡Qué listo eres!

—¿Los hemos pasado ya?

—Sí, puedes erguirte, campeón. Los periodistas han quedado

atrás.

Kid enderezó la espalda y exhaló un suspiro de alivio.

—Menos mal.

—¿Adónde quieres que vayamos, campeón?

—¿Vives sola, Angela?

—Sí.

—Entonces, llévame a tu casa.

—Vaya, tú no te andas por las ramas, ¿eh? —sonrió la pelirroja.

—Bueno, he pensado que allí será difícil que puedan dar conmigo, por no decir imposible.

—Efectivamente.

—¿Vamos, entonces...?

—Sí, no tengo inconveniente en llevarte a mi casa —respondió la chica—, Pero como te muestres demasiado atrevido conmigo, te atizaré un directo a la mandíbula y te dejaré «K.O.», te lo advierto.

Kid rió.

—Lo tendré en cuenta, preciosa.

* * *

Angela Brimond vivía en el 414 de Hooker Street, un edificio no demasiado nuevo. Detuvo su viejo Chrysler frente a él y dijo:

—Hemos llegado, campeón.

Kid Sullivan tomó su bolsa de deporte y salió del coche, siendo imitado por la pelirroja, que ahora llevaba una falda abierta sobre sus descarados *shorts*.

Penetraron en el edificio, tomaron el ascensor, y subieron a la sexta planta. El apartamento de Angela, era el 22-C. La joven extrajo una llave de su bolso y abrió, encendiendo las luces.

—Pasa, campeón.

Kid entró en el apartamento, comprobando que era modesto, pero también que todo estaba limpio y ordenado, prueba inequívoca de que Angela se preocupaba por tenerlo aseado.

La joven cerró la puerta e indicó:

—Pasemos al *living*

—Antes quiero hacer dos cosas, Angela —dijo Kid, rodeándola con sus brazos—. La primera, devolverte el beso que me diste cuando bajé del ring.

Y la besó con muchas ganas.

Cuando separaron sus bocas, ella preguntó:

—¿Y la segunda...?

—Confesarte que tienes en tu casa a un fugitivo de la ley —reveló el boxeador.

CAPITULO VI

Los periodistas deportivos seguían conversando junto al coche de Jerry Abbot, mientras esperaban la salida de éste y de Kid Sullivan del Madison Club.

Una salida que se estaba demorando demasiado, más de la cuenta, por lo que los periodistas comenzaban a impacientarse y miraban a cada momento hacia la salida de servicio del recinto deportivo.

De pronto, vieron salir a un policía, revólver en mano.

—¡Eh, chicos, mirad eso! —exclamó uno de los periodistas.

—¿Qué habrá ocurrido...? —dijo otro.

El policía los vio y corrió hacia ellos, preguntando:

—¿Han visto salir a Kid Sullivan?

—No, agente.

—Le estamos esperando para entrevistarle.

—Y también a Jerry Abbot.

El policía maldijo entre dientes y dijo:

—A Jerry Abbot no volverán a entrevistarle nunca más.

—¿Por qué, agente?

—Está muerto.

Los periodistas se miraron unos a otros, perplejos.

—¿Muerto, dice...? — exclamó uno de ellos.

—Kid Sullivan lo mató, disparándole dos veces con un revólver — informó el policía.

La perplejidad de los periodistas aumentó considerablemente.

—¡Kid Sullivan...!

—¡No es posible...!

—¿Está seguro de lo que dice, agente...?

—Sí, muy seguro —respondió el policía—. En cuanto oí los disparos corrí hacia el vestuario de Sullivan, entré en él, y sorprendí al boxeador junto al cadáver de Abbot, empuñando todavía la pistola que acababa de utilizar. Intenté detenerle, pero me arrojó una toalla a la cara y después me dio un puñetazo de los suyos, dejándome inconsciente durante algunos minutos. Cuando me recobré, Sullivan se había largado ya.

Los periodistas no perdieron un solo segundo más. Se lanzaron hacia sus respectivos coches y salieron disparados, cada cual en dirección a la Redacción de sus periódicos.

Tenían una noticia de las consideradas «bomba» y había que ponerse a trabajar de inmediato, para que los lectores de sus respectivos periódicos la conocieran a primera hora de la mañana y con toda clase de detalles.

Angela Brimond, naturalmente, se tomó a broma lo de que Kid Sullivan era un fugitivo de la ley, porque semejante afirmación no podía tomarse de otra manera.

Y se echó a reír, claro.

—¡Qué chiste tan bueno!

—No es un chiste, Angela.

—¿No...?

—Es la verdad, créeme.

—¡Si tú eres un fugitivo de la ley, yo soy Cleopatra! —exclamó la pelirroja, y siguió riendo.

Kid se mantuvo serio.

—Te engañé, Angela. Jerry Abbot no me dio permiso para celebrar mi victoria sobre Larry Tilton con una mujer.

—Te escapaste, ya lo sé.

—Me escapé, sí, pero no de él, sino del policía que iba a colocarme las esposas.

—¿Eh...?

—Jerry Abbot está muerto, Angela.

La joven dejó de mostrarse risueña.

—¿Muerto, dices...?

—Lo asesinaron en mi vestuario mientras yo me duchaba. Dos tiros en el pecho.

Angela se estremeció perceptiblemente.

—No me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—Ojalá fuera una broma.

—¿Y quién mató a tu preparador...?

—No lo sé. Cuando salí de la ducha se había marchado ya el tipo que acababa de dispararle.

—¿Y lo que me contaste del policía y las esposas ...?

—El agente pensó que yo había matado a Jerry Abbot.

—¿Tú...?

—Sí.

—¿Por qué?

Kid se lo explicó en pocas palabras, añadiendo:

—Tuve que golpearle para librarme de él. Sólo le di un puñetazo, pero quedó inconsciente. Y, desde ese momento, soy un fugitivo de la ley.

—Dios mío...

—Tenía que contártelo, Angela. El policía se habrá recuperado ya

y habrá informado de lo sucedido. Me buscarán por toda la ciudad. Y los periódicos de mañana informarán del asesinato de Jerry Abbot y dirán que yo lo maté, basándose en el testimonio del policía que intentó detenerme.

—Estás en un buen lío, campeón.

—Ya lo sé. Por suerte para mí, tú estabas allí, cerca de la salida de servicio del Madison Club, y pude subirme en tu coche sin que los periodistas me vieran.

—No tenía ninguna prisa de llegar a casa, así que decidí esperar a que salieras y ver cómo hablabas con los periodistas. Quería verte de nuevo. Sólo eso, pues pensaba que saldrías acompañado de tu preparador y... Bueno, no tenía la menor posibilidad de quedarme a solas contigo, y yo lo sabía. Por eso me llevé una grata sorpresa cuando vi que salías solo y que parecías rehuir a los periodistas. Cuando me viste y corriste hacia mi coche, me puse muy contenta. Y cuando me dijiste que ibas a celebrar tu triunfo frente a Larry Tilton conmigo, casi me vuelvo loca de alegría. Yo ignoraba, claro, que sólo querías huir, alejarte lo antes posible del Madison Club y ocultarte en un lugar seguro, como sin duda lo es mi apartamento.

—Es verdad, sólo pensaba en eso. Pero tenía que decirte la verdad en cuanto llegáramos. No quiero comprometerte, Angela. Si no deseas ocultar en tu apartamento a un fugitivo de la ley, dímelo y me iré en seguida.

—¿Y adónde irás...?

—No lo sé..

—Prefiero que te quedes, Kid. Aunque no estés aquí por mí.

—¡Eh!, un momento. Quiero dejar bien claro que me gustas muchísimo, Angela —confesó el boxeador—. De haber sido cierto que Jerry Abbot me había dado permiso para celebrar mi éxito de esta noche con una mujer, te habría elegido a ti.

—¿De veras?

—Aunque hubieras estado entre mil mujeres.

La pelirroja sonrió, halagada.

—Eres muy galante, Kid.

—No lo he dicho por galantería, sino porque lo siento así. Y ojalá me des la oportunidad de demostrártelo.

—No tendrás que suplicarme mucho, porque tú a mí me gustas una barbaridad —confesó Angela.

—¿Lo dices en serio?

—Tan en serio que te hubiera elegido a ti no entre mil hombres, sino entre un millón, si me hubieran dado a escoger.

Kid la estrechó con fuerza.

—Angela...

—Cuidado con mis costillas, campeón. No las tengo tan duras como «El Tigre de California»...

El púgil rió y la besó en los labios, larga y apasionadamente, viéndose correspondido por ella.

CAPITULO VII

Kid Sullivan yacía boca arriba en la cama, exhibiendo su amplio y musculoso tórax. Era lo único que exhibía, porque la sábana lo cubría hasta la cintura.

Como a Angela Brimond, aunque ella yacía boca abajo, muy pegada al boxeador, cuyo torso acariciaba suavemente con su mano izquierda y besaba de vez en cuando, rozándolo apenas con sus labios.

Kid, por su parte, acariciaba la rojiza cabellera femenina, suave y brillante, la tersa espalda, los redondos hombros... Lo hacía, sin embargo, de una manera maquinal, porque su pensamiento se hallaba muy lejos de allí.

Angela lo miró y adivinó que el púgil no estaba pensando en ella ni en lo mucho que habían disfrutado los dos haciendo el amor, pero no se lo reprochó ni siquiera mentalmente, pues comprendía que tenía motivos para sentirse preocupado.

—Kid...

—¿Qué?

—¿En qué piensas?

—En lo que voy a hacer mañana.

—Quedarte en mi apartamento, naturalmente.

—No, tengo que salir.

Angela respingó.

—¿Salir...?

—Sí.

—¡Estás loco! ¡si sales a la calle, la policía te atrapará!

—Y si no salgo, no podré averiguar quién asesinó a Jerry Abbot y por qué.

—Deja transcurrir unos días, Kid.

—No creo que pueda. Además, la situación sería la misma. La policía no dejará de buscarme porque hayan pasado unos días. Ni siquiera unas semanas. Me seguirán buscando hasta que den conmigo. Y no quiero que me atrapen en tu casa, Angela.

—Aquí nunca te encontrarán, Kid.

—Si me quedo varios días, tal vez sí.

—Estoy segura de que no.

—No insistas, te lo ruego. Tengo que descubrir al asesino de Jerry Abbot, porque sólo así podré demostrar mi inocencia. Y no lo descubriré si me quedo encerrado en tu apartamento.

Angela se mordió los labios.

—¿Tienes alguna sospecha, Kid?

—Bueno, creo que la muerte de Abbot está directamente relacionado con el combate de esta noche.

—¿Por qué piensas eso...?

Kid le habló de la preocupación, del nerviosismo, y de la falta de entusiasmo de su preparador, tanto antes de la pelea, como durante ella, y después de la misma.

—No se alegró en absoluto —añadió—. Y creo que no se alegró porque deseaba que Larry Tilton me venciera.

—¿Cómo es posible...? —se sorprendió. Angela—, Siendo tu preparador, no podía desear que tu rival te venciera.

—Si se hallaba amenazado, sí.

—¿Amenazado...? ¿Por qué...? ¿Por quién...?

—Es lo que quiero averiguar. La pelea de esta noche, desde luego, era muy importante para Larry Tilton. No podía perderla si quería mantener sus aspiraciones de llegar a ser campeón. Pero tanto él como Thick Osell, su preparador, sabían que yo iba a ser un hueso muy duro de roer, como luego se demostró. Podía vencer a Tilton y echar al traste sus ilusiones y sus esperanzas de ser campeón. Quizá, para asegurar la victoria de Larry Tilton, alguien amenazó a Jerry Abbot de muerte, confiando que él haría algo para evitar que yo pudiera vencer a Tilton. Puede, también, que le ofrecieran dinero por ello; mucho dinero.

—¿Abbot no te dijo nada...?

Kid movió la cabeza.

—Ni una palabra. Y no me sorprende que no me hablara del intento de soborno, pues Abbot me conocía bien y sabía que yo jamás accedería a dejarme vencer, por muy importante que fuera la suma que le habían ofrecido. Y si estaba amenazado de muerte, es lógico que no me hablara del asunto. Lo que está claro, es que Abbot no hizo nada para que yo perdiera el combate, a pesar de las amenazas. No podía hacerlo, porque era una excelente persona, incapaz de una cochinada así. Prefirió confiar en la suerte. Si Larry Tilton me hubiera vencido, no le habrían matado. Y seguramente le habrían entregado la suma prometida, pensando que él habría cumplido su parte del trato. Pero como Larry Tilton perdió...

—¿Y cómo escapó el asesino, Kid?

—Le he estado dando vueltas a eso. Evidentemente, sólo pudo escapar por la puerta, pues no existe otro medio de salir de los vestuarios. Y si el policía se volvió en cuanto oyó el par de disparos, tuvo forzosamente que ver huir al asesino, ya que es cierto que desde donde él se encontraba se ve perfectamente la puerta de mi vestuario.

—Pero él dijo que no vio salir a nadie...

—Puede que mienta.

—¿Mentir? ¿Por qué, Kid?

—Quizá esté también metido en el ajo.

—¿Un policía...?

—¿Por qué no? No todos los policías son honrados, Angela. Suele haber alguna que otra oveja negra. Si ese policía es una de ellas, y le ofrecieron un buen fajo de billetes por prestarse al juego...

La pelirroja guardó silencio.

El boxeador añadió:

—Tendré que averiguar su nombre e interrogarle. Y le arrancaré la verdad, aunque tenga que...

—No olvides que es un policía, Kid. Si lo maltratas y resulta que es inocente, tu situación empeorará.

—Mi situación ya no puede ser peor. Además, ese policía no puede ser inocente, porque si lo fuera...

—¿Qué?

El púgil la miró.

—Yo sería culpable, Angela. El asesino de Jerry Abbot.

Ella le acarició el rostro.

—Eso no lo digas ni en broma, Kid. Tú eres inocente.

—¿Cómo lo sabes? Sólo tienes mi palabra...

—Me basta y me sobra.

—¿Tanto confías en mí?

—Plenamente. Si no fuera así, no estarías en mi apartamento. Y menos aún en mi cama. Yo no hago el amor con asesinos, ¿sabes?

—Sólo con boxeadores, ¿eh?

—Con un boxeador —puntualizó la pelirroja—. Tú, Kid.

—¿De verdad no te habías acostado nunca con un púgil...?

—No, ésta ha sido la primera vez.

—¿Cómo es eso? ¿Te tienen miedo los boxeadores...?

—Seguramente.

—Bueno, la verdad es que no me extraña. Eres mucha mujer tú, Angela.

—¿También para ti...?

—No, yo no te tengo miedo. Y te lo voy a demostrar ahora mismo.

La pelirroja lo frenó.

—Espera un momento, Kid.

—¿Qué pasa? ¿No te apetece hacer otra vez el amor...?

—Claro que sí.

—¿Entonces...?

—Quiero aclararte algo, para que no me tomes por lo que no soy.

—No te entiendo.

—No soy una puta, Kid.

El boxeador tosió.

—¿Quién ha dicho que lo seas?

—No lo has dicho, pero puede que lo pienses.

—Angela, yo te aseguro que...

—Déjame hablar, Kid.

—De acuerdo.

—Trabajo en el Madison Club porque tengo que comer. Y para poder llenar el estómago tres veces al día, hay que ganar dinero. En el Madison Club lo gano, aunque no mucho, pero a cambio tengo que pasearme por el ring con una camiseta tan ceñida que me dibuja los pechos con todo detalle y con unos *shorts* tan cortos que no sólo me obligan a exhibir las piernas, sino también medio culo. Encima, tengo que contonearme descaradamente y sonreír de forma atrevida, para calentar aún más la sangre de los espectadores, que me llaman de todo, como pudiste oír.

—Sí, escuché alguno de los piropos que te dedicaban —carraspeó Sullivan.

—Me hacen muchas proposiciones, ¿sabes?

—No me sorprende.

—Aceptando sólo algunas de ellas, podría comprarme un coche nuevo y vivir en un apartamento mejor que éste. Y tendría dinero en el Banco, porque aún me sobraría. Pero, como te he dicho antes, no soy una fulana. Yo no comercio con mi cuerpo. Jamás me acostaría con un hombre por dinero. Cuando hago el amor con alguien, y puedo jurarte que eso sucede muy de tarde en tarde, es porque me siento realmente atraída hacia el hombre. Tiene que gustarme mucho para meterme en la cama con él, te lo aseguro.

—Entiendo.

—Te besé delante de todos porque tu pelea con Larry Tilton me había hecho vibrar. Estuviste fantástico, Kid. Nunca había disfrutado tanto presenciando un combate de boxeo. Por eso te aplaudía con tantas ganas. Tú te diste cuenta y me lanzaste un beso. Me puse tan contenta que, cuando te vi descender del ring, no pude contenerme y me eché sobre ti, para devolverte el beso. Y te besé como jamás había besado a ningún hombre, créeme. No me importaba el público. Ni lo que pudieran pensar o decirme. Y me dijeron bastantes cosas.

—Entre ellas, que tenías dos «bolas», pero que no eran de cristal... —recordó el boxeador, acariciando los plétóricos senos de la pelirroja.

Angela sonrió.

—Menos mal que no lo son, porque las hubieras hecho añicos con tus manos de piedra.

Kid rió y la besó.

Poco después, hacían de nuevo el amor.

CAPITULO VIII

Por la mañana, temprano, Kid Sullivan despertó a Angela Brimond y le pidió que fuera en busca de algunos periódicos, para ver lo que decían sobre lo ocurrido la noche pasada en el Madison Club.

Angela se vistió, se lavó la cara con prisas, se arregló un poco el cabello, y abandonó el apartamento. Se había puesto una falda corta y una liviana blusa, que ceñía su busto menos descaradamente que la camiseta que luciera la noche anterior.

Mientras Angela iba en busca de los periódicos de la mañana, Kid se dio una ducha rápida y se vistió también. Su indumentaria consistía en una bonita camisa de seda, de color azul, con finas rayas amarillas, y un pantalón claro. No calzaba zapatos, sino cómodas zapatillas de deporte.

Justo cuando salía del dormitorio, regresaba Angela con los periódicos.

—Los he comprado todos —dijo la joven.

—¿Qué dicen? —preguntó el púgil

—Desgraciadamente, lo que tú esperabas.

Kid tomó los periódicos, comprobando que todos ellos en primera plana, daban cuenta del asesinato de Jerry Abbot, señalándole a él como autor del mismo.

En las páginas interiores, se ofrecía abundante información sobre el sorprendente suceso y se insertaban varias fotografías. Una de Jerry Abbot, vivo, otra de su cadáver; dos de Kid, solo, y tres más boxeando con Larry Tilton. De «El Tigre de California» se ofrecía una foto en la que aparecía tendido en la lona, tras su primera caída, y otra de la segunda y definitiva, en la que se veía totalmente inconsciente.

Naturalmente, se hablaba del combate, catalogando de sensacional la victoria de Kid «Manos de Piedra», pero lógicamente privaba la noticia del asesinato de su preparador y se hablaba mucho más de esto que de su pelea frente a Larry Tilton. Se incluían unas declaraciones del policía que intentara detenerle y aparecía también una fotografía suya. Al pie de la misma rezaba: *El agente Phil Donovan, agredido por Kid Sullivan cuando intentaba arrestarlo.*

El púgil se alegró.

—Aquí tenemos al mentiroso, Angela.

—¿A quién...?

—El policía que quiso cargarme el asesinato de Jerry Abbot. Se llama Phil Donovan. Y conociendo su nombre, no será difícil conocer su domicilio. Si tiene teléfono, y yo apuesto a que sí, su

dirección figurará en el listín telefónico.
Angela estaba observando ya la foto del agente.
—No tiene cara de mala persona... —comentó.
—Pero lo es, no te quepa duda.
—¿Insistes en interrogarlo?
—Por supuesto. Es el único que puede decirme quién asesinó a Abbot y por qué. Y me lo dirá, te lo aseguro.
—¿Cuándo piensas ir en su busca?
—Como de día no es probable que lo pille en casa, lo dejaré para la noche.
Angela se mordió el labio inferior, nerviosa.
—Deja transcurrir al menos un par de días, Kid —rogó.
—No, sonsacaré al tipo esta misma noche.
—Eres muy terco, ¿sabes?
—Estoy deseando demostrar mi inocencia, Angela. Y no deberías reprochármelo.
—No te lo reprocho, Kid. Es más, deseo tanto como tú que demuestres que no mataste a Jerry Abbot. Lo que no deseo es que la policía te atrape y te meta entre rejas. Y tengo miedo de que eso suceda, Kid.
El boxeador le pasó el brazo por los hombros, la atrajo hacia sí, y la besó.
—Tendré mucho cuidado, te lo prometo.
—Está bien —suspiró ella—. Voy a darme una ducha y luego prepararé el desayuno.

* * *

La noche había caído ya sobre la ciudad de San Francisco. Phil Donovan, el policía que intentara detener con escaso éxito a Kid «Manos de Piedra», vivía en el 228 de Kinsey Street. En el apartamento 16-B, concretamente. Era un apartamento discreto, desordenado, que estaba pidiendo a gritos una limpieza a fondo. Y es que hacía tiempo que allí no limpiaba nadie, porque Phil Donovan no tenía una esposa que se ocupara de su casa. Seguía soltero, pese a haber cumplido treinta y nueve años de edad. Y no parecía tener ninguna prisa por contraer matrimonio, pues prefería acostarse cada semana con una mujer distinta. Y eso hacía. De una forma discreta, desde luego, porque era policía y no debía dar ningún escándalo.

Aquella noche, por ser sábado y además no tener servicio nocturno, Phil Donovan tendría que haber salido ya en busca de una mujer joven y atractiva, vestido de paisano, para pasarlo bien con ella, pero no lo había hecho todavía.

Estaba esperando una visita.

Una visita muy importante, que le asustaba un poco. De ahí que pasara nervioso por su apartamento, con un cigarrillo en la mano izquierda y una copa de whisky en la derecha

Y no era el primer cigarrillo que se fumaba aquella noche, ni la primera copa que se tomaba. Precisamente por eso, por hallarse nervioso y algo asustado.

De pronto, sonó el timbre de su apartamento.

Phil Donovan dio tal respingo que casi pierde la copa. Se apresuró a dejarla sobre la pequeña mesa del *living*, aplastó el cigarrillo en el cenicero, y acudió a abrir.

Cuando tiró de la puerta, comprobó que efectivamente era la visita que estaba esperando. La que le tenía nervioso y un poco, asustado.

—Hola, muchachos —dijo, forzando una sonrisa.

—¿Qué tal, Donovan? —saludó uno de los tipos.

—Os estaba esperando. Vamos, pasad.

—Nos hemos retrasado un poco, pero es que... —dijo el otro individuo.

—No importa. No tengo ninguna prisa —mintió el policía.

Los dos hombres entraron en el apartamento.

Eran altos, fornidos, y tenían las facciones desagradables.

Phil Donovan cerró la puerta.

—¿Os sirvo una copa, muchachos? —sugirió amablemente.

—No, gracias —respondió el tipo de la derecha.

—Tenemos un poco de prisa —añadió el otro.

—Bien, en ese caso no os entretendré. Me entregáis el dinero y...

—Ha surgido un problema, Donovan —habló de nuevo el de la derecha, pellizcándose la oreja.

El policía se puso tenso como una cuerda de violín.

—¿Qué clase de problema, McClure?

—Díselo tú, Quincey.

El llamado Quincey compuso una mueca y explicó:

—El jefe no quedó satisfecho con tu actuación, Donovan.

—Hice lo que me ordenasteis.

—Lo intentaste, lo sabemos, pero no lo conseguiste. Tenías que detener a Kid Sullivan y...

—Lo había hecho ya, pero me arrojó la toalla a la cara y luego me golpeó, dejándome inconsciente. Lo dicen todos los periódicos.

¿No lo habéis leído...?

—Claro que lo hemos leído, Donovan —dijo McClure—. Pero el trato era que tú atraparías a Kid Sullivan y lo llevarías a la comisaría, acusándolo de haber dado muerte a Jerry Abbot, y recibirías a cambio cinco mil dólares.

Phil Donovan, cada vez más nervioso, aseguró:

—Kid Sullivan caerá muy pronto en manos de la policía. Lo están buscando por toda la ciudad. Y cuando haya sido atrapado, nadie le libraré de la condena, porque mis declaraciones no permiten dudar de su culpabilidad. Le sorprendí con el arma homicida en la mano y...

—Era la mejor prueba, porque tenía imprimidas sus huellas, pero Kid se la llevó —recordó Quincey—, Y la hará desaparecer, seguro.

—No importa. Le condenarán de todos modos, aunque no aparezca la pistola. Me golpeó y huyó, como hubiera hecho de ser realmente culpable. Casi es mejor que sucediera así.

—Lo siento, Donovan, pero el jefe no opina igual —dijo McClure.

—¿Qué hay de los cinco mil dólares, entonces...? —preguntó el policía.

—Nada.

Donovan se quedó helado.

—¿Nada...?

—El jefe no quiere pagarte.

—¡Eso no es justo! —gritó el policía.

—No levantes la voz, Donovan —pidió Quincey.

—¡Tengo derecho a cobrar!

—Y vas a cobrar, Donovan; pero no en dólares —respondió McClure, y le estrelló el puño en la cara.

El policía cayó al suelo.

Antes de que pudiera incorporarse, Quincey le atizó un patadón en las costillas, otro en el rostro, y un tercero en la espalda, dejándolo prácticamente inconsciente.

—Ahora me toca a mí —dijo McClure.

—Tuyo es —sonrió Quincey.

McClure pateó también con ganas a Donovan.

En el pecho, en la cara en los riñones, en el estómago...

Y, para rematar la serie, le incrustó la punta del zapato entre los muslos, machacándole los genitales.

Pero Donovan no gritó, pues no sólo estaba ya totalmente inconsciente, sino medio muerto. No sentía los golpes. Y tampoco sentiría ningún dolor cuando despertara, porque... ya no lo haría en este mundo.

McClure se aseguró de ello, agarrándole la cabeza y torciéndosela con brusquedad, para destrozar sus vértebras cervicales, lo que fe

ocasionó una muerte instantánea.

CAPITULO IX

Kid Sullivan consultó su reloj.

—Es hora de marcharme —dijo, y se levantó del sofá.

Angela Brimond le imitó al instante.

—Yo también voy, Kid.

—¿Qué...?

—Te llevaré en mi coche a casa del policía.

—Me conformo con que me dejes las llaves. Yo también sé conducir, ¿sabes?

—Pero no te conviene hacerlo. Si te llevo yo, podrás encogerme en el asiento y quedar prácticamente oculto, lo que evitará que puedan descubrirte.

El boxeador sacudió la cabeza.

—Prefiero correr el riesgo a meterte a ti en el lío.

—Yo ya estoy metida en el lío. Te he ocultado una noche y un día entero en mi apartamento, sabiendo que la policía te busca. He ayudado a un fugitivo de la ley —repuso la joven.

—Nadie lo sabrá si me atrapan solo. En cambio, si me atrapan contigo...

—Correré ese riesgo.

—Te lo agradezco mucho, pero no quiero arriesgar tu libertad. Ya has hecho bastante por mí, Angela.

—Mi libertad es mía, y si quiero arriesgarla, tú no eres quién para impedírmelo. ¿No arriesgas tú la tuya...?

—Yo estoy obligado a hacerlo; tú no.

—¡Maldito cabezota!

Kid puso la mano.

—Las llaves de tu coche, Angela.

—¡Si no me dejas ir, no te las doy!

—Tomaré un taxi, entonces.

—¡Ja!

—O robaré un coche.

—¡Eso es un delito!

—Comparado con el asesinato...

—Pero, ¿es que tú no has asesinado a nadie!

—Eso es lo que pretendo demostrar. Y necesito tu coche para trasladarme a Kinsey Street. Por favor, Angela, dame las llaves y no me hagas perder más tiempo.

La joven soltó un gruñido.

—Está bien, te las daré. Pero no servirá de nada, te lo advierto.

—¿Por qué?

—Mi coche se cae de viejo, Kid, y tú lo sabes. Le falla casi todo y sólo yo sé cómo manejarlo para que ruede todavía. Tú ni siquiera

podrás ponerlo en marcha. Y si por un milagro del cielo lo consigues, atropellarás a alguien, porque no sabrás frenarlo a tiempo. Por si fuera poco, el cambio de marchas está suelto. Es como un paraguas colocado en un paraguero. Te quedarás con él en la mano, ya verás. Y lo mismo te ocurrirá con el volante.

El boxeador no pudo contener la risa.

—¿También está suelto...?

—Sí, totalmente.

—¡Tú no tienes un coche, tienes un puzzle!

—Exacto.

—Bueno, si me lo pones tan difícil...

Angela sonrió y le echó los brazos al cuello.

—¿Puedo acompañarte, Kid...?

—Sí, no tengo más remedio que permitir que me lleves, dadas las circunstancias.

—¡Gracias! —exclamó la joven, y le dio un apretado beso.

* * *

Kid Sullivan y Angela Brimond se hallaban ya en el interior del viejo Chrysler. Habían salido del edificio con mucha precaución, asegurándose primeramente Angela de que no había ningún policía patrullando por la calle ni nadie que pudiera reconocer a Kid.

El boxeador se había encogido al máximo en el asiento, quedando prácticamente oculto.

—Vamos, Angela, arranca —apremió.

—En seguida.

—Toco madera.

—¿Por qué?

—La otra vez dijiste como las balas, que es mucho más rápido que en seguida, y casi me sale barba.

La joven rió.

—La barba no te salió anoche, te ha salido hoy. Y no te has afeitado.

—No tengo los trastos de afeitar, ya lo sabes.

—Te propuse afeitarte a la cera, como hago yo con mis piernas.

—Y no te di una bofetada porque yo no pego a las mujeres —gruñó el púgil—. Afeitarme a la cera... ¡No se te ocurra proponérmelo de nuevo porque soy capaz de tumbarte sobre mis rodillas y poner tu precioso trasero como un tomate maduro a fuerza de palmadas!

Angela rió con más ganas que antes.

—¡Lo dije en broma, Kid!

—¿Seguro?

—Claro.

—Está bien, lo olvidaré. Y, ahora, larguémonos. Es decir, si consigues que este montón de chatarra se ponga en movimiento.

—Eso no lo dudes. Yo sé qué le duele a mi coche.

—Y yo sé lo que no le duele. ¡Nada!

Angela consiguió hacerlo arrancar al cuarto intento y exclamó:

—¿No te lo dije, campeón...?

—¡Bien por Matusalén! —exclamó a su vez Sullivan.

La joven volvió a reír.

—¡No te burles de mi coche, Kid! Te sacó de apuros anoche, y te está siendo muy útil hoy.

—Sí, eso es verdad —sonrió el boxeador—. Os debo mucho a los dos.

—Gracias por reconocerlo.

—Si salgo de esto y llego a ser campeón, prometo comprarte un coche nuevo.

—¿De veras...?

—Sí, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que regales el tuyo al Museo de Automóviles.

Angela soltó una carcajada.

—¡Ya te estás burlando otra vez de mi coche! ¡Y te voy a atizar en la cabeza con el volante!

—¡No, no, con el volante no...!

—Pues, ¡con el cambio de marchas!

—¡Tampoco...!

Se reían los dos muy a gusto, pero a Angela se le cortó la suya en seguida al ver aparecer un coche- patrulla.

—¡Cuidado, Kid! ¡La policía...!

* * *

Kid Sullivan dejó de reír en el acto y se escurrió rápidamente del asiento, quedando materialmente pegado al piso del coche y casi totalmente oculto por las piernas de Angela Brimond.

La joven las elevó un poco más y procuró aparentar tranquilidad, porque el coche-patrulla estaba ya muy cerca. Venía despacio y, cuando se cruzó con el viejo Chrysler, el policía que conducía echó una mirada a Angela.

Ella, deliberadamente, tragó aire e hizo aumentar su perímetro torácico, ya de por sí importante y llamativo. Pero así aún resultaba más llamativo, claro, y el policía sólo tuvo ojos para el

formidable busto de Angela.

Bueno, aún pudo echarle una fugaz mirada a sus muslos, casi totalmente exhibidos, gracias a la brevedad de la falda y a lo levantadas que la joven mantenía las piernas, para ocultar mejor a Kid Sullivan.

El agente que conducía el coche-patrulla no pudo reprimir un silbido de admiración. El policía que iba a su lado, vigilando especialmente la acera, lo miró y preguntó:

—¿Qué pasa, Lowell?

—No pasa, ha pasado ya —respondió el llamado Lowell, volviendo la cabeza un segundo.

Su compañero lo imitó.

—¿Quién ha pasado ya?

—Una pelirroja sensacional. Conduce un viejo Chrysler.

Su compañero sonrió.

—A ti todas te parecen sensacionales, Lowell.

—Esta lo era de verdad, Pattison. Tenía un busto impresionante. Y unas piernas... ¡Jo, qué piernas, macho!

—Si realmente estaba tan buena, no iría sola, seguro. —Te equivocas. No iba nadie a su lado.

—¿Estás seguro?

—Sí, iba sola en el coche.

—¿Quieres que la sigamos y le pidamos el permiso de conducir, Lowell...?

—¿El permiso de conducir...?

—Sí.

—¿Para qué, Pattison?

—Para contemplarle las piernas mientras lo busca. Y también el busto, que según tú es impresionante. Lowell se echó a reír.

—Lo es, sí, señor. Y también lo son sus piernas. Pero no podemos perder el tiempo en eso, Pattison. Lo nuestro es buscar a Kid Sullivan, ya lo sabes.

—Sí, tienes razón —sonrió su compañero, y volvió a vigilar la acera, encargándose Lowell de observar los ocupantes de los coches que se cruzaban.

CAPITULO X

Angela Brimond, pendiente del espejo retrovisor, vio que el coche-patrulla desaparecía y lanzó un suspiro de alivio.

—Ha pasado el peligro, Kid.

—Menos mal —suspiró también el boxeador, e hizo un ademán de volver al asiento.

—Sigue ahí abajo, Kid.

—¿No has dicho que ha pasado el peligro...?

—Ha pasado un coche-patrulla, pero me temo que nos cruzaremos con alguno más. Agazapado en el piso del coche estás más seguro. Te cubro con mis piernas y nadie puede verte.

—Pero, es que...

—El policía que conducía el coche-patrulla me miró, ¿sabes?

—¿De veras?

—Sí, pero a ti no te vio. Sólo vio mis muslos. Y mi busto, que yo me preocupé de agrandar, para llamar su atención.

—Eres una descarada.

Angela rió.

—¿Así me agradeces lo que estoy haciendo por ti, llamándome descarada...? Si llegas a conducir tú el coche, ya habrías sido descubierto y atrapado por la policía.

—Hubiera pisado el acelerador a fondo y los hubiera despistado.

—¿Con Matusalén...?

—Bueno, ya sé que no se le pueden pedir peras al olmo, pero...

—¡Si tú pisas el acelerador con fuerza, sacas el pie por el piso del coche y tocas la calzada!

Kid rió también.

—¿Quién se burla ahora de tu coche...?

—Vamos, continúa agazapado ahí. Y cuidado con las manos, ¿eh, Kid?

—¿Qué quieres decir?

—Que lo tienes todo muy cerca.

—Me has dado una idea —respondió el púgil, y empezó a toquetearle los muslos.

Angela respingó en el asiento.

—¡No, Kid...!

—En algo tengo que entretenerme, ¿no?

—¡Retira tus manos en seguida o nos estrellaremos contra una cabina telefónica! ¡No puedo conducir así...!

Sullivan rió y dejó de acariciarle los muslos.

—Obedezco por no causarle daños a la Compañía Telefónica, conste —dijo, con ironía.

—¡Granuja! ¡Ya me las pagarás cuando nos encontremos de nuevo

en la cama!

—¿Qué piensas hacerme...?

—¡Dejarte «K.O.» en el primer asalto!

Kid volvió a reír, y Angela no tardó en unir su risa a la de él.

* * *

El viejo Chrysler acababa de detenerse frente al 228 de Kinsey Street.

—Hemos llegado, Kid.

El boxeador continuaba pegado al piso del coche. Y la precaución había dado sus frutos, ya que, como Angela Brimond se temía, se habían cruzado con otros dos coches-patrulla antes de llegar al edificio en donde vivía el agente Phil Donovan, pero Kid Sullivan no fue descubierto por los policías.

Angela, naturalmente, repitió la argucia de llevar aire a sus pulmones y de elevar un poco sus tentadoras piernas, acaparando totalmente la atención de los agentes.

Kid volvió al asiento y miró por la ventanilla, asomando ligeramente la cabeza.

—Voy a salir, Angela.

—¿Subo contigo, Kid?

—No, espérame aquí. Si tengo la suerte de pillar en casa al agente Donovan, tendré que mostrarme duro con él para obligarle a confesar y no será agradable de presenciar.

—De acuerdo, me quedaré en el coche. Pero no te excedas con Donovan, ¿eh, Kid? Recuerda que es un policía.

—Sí, un policía que quiso cargarme el asesinato de Jerry Abbot —masculló el púgil.

—Por favor, Kid —insistió Angela, apretándole el brazo.

—Está bien, prometo no ser demasiado duro con él.

—Gracias —sonrió la joven y lo besó.

Kid salió del coche y se introdujo rápidamente en el edificio. Tras echar una ojeada a los buzones, averiguando que el apartamento del agente Donovan era el 16-B, tomó el ascensor y subió a la cuarta planta.

Antes de llamar al apartamento del policía extrajo de su bolsillo el revólver calibre 38 de cañón corto que utilizara el asesino de Jerry Abbot.

No pensaba usarlo, sólo quería amenazar con él a Phil Donovan cuando éste abriese la puerta, suponiendo que se hallase en casa. Kid pulsó el timbre y se preparó para sorprender al policía.

Pero el policía no abrió.

Kid repitió la llamada, pero el resultado fue el mismo.

Pensó, claro, que el agente Donovan no se encontraba en su

apartamento. Pero, en vez de marcharse, intentó forzar la cerradura, para ver si podía entrar y echar un vistazo a las cosas del policía. Quizá encontrase alguna prueba de que Phil Donovan estaba implicado en el asesinato de Jerry Abbot.

Kid, sin embargo, no tuvo necesidad de forzar la cerradura, ya que la puerta no tenía el cerrojo echado, así que se abrió en seguida.

El boxeador penetró silenciosamente en el apartamento y, al instante, descubrió al policía, tirado en el suelo, con el rostro ensangrentado y la cabeza en una posición rara, casi estremecedora, pues parecía revelar que el agente tenía el cuello roto.

Kid, tras unos segundos de inmovilidad total, reaccionó y se aproximó hacia el policía, comprobando que, j efectivamente, estaba muerto.

—Oh, Dios, no... —exclamó ahogadamente, porque el agente Donovan ya no podría decirle quién mató a Jerry Abbot y por qué.

* * *

Angela Brimond para dominar mejor su nerviosismo, encendió un cigarrillo. Hacía apenas un par de minutos que Kid Sullivan se había introducido en el edificio, pero a ella le parecían veinte.

Le dio una larga chupada al pitillo y expulsó el humo por la abierta ventanilla. Después, observó la calle. Kinsey Street no era una calle importante, ni mucho menos, y estaba bastante solitaria.

Esto último, naturalmente, era bueno para Kid, que había entrado en el edificio sin ser visto por nadie y seguramente podría salir sin ser detectado tampoco por persona alguna.

Lo que Angela no sospechaba es que, el nulo tránsito de la calle iba a ser malo para ella, puesto que se iba a ver en dificultades precisamente por eso, por no haber apenas movimiento en Kinsey Street.

Todo empezó con la aparición de una motocicleta, en la que iban montados dos tipos jóvenes, con aspecto de gamberros. El que conducía la moto iba haciendo tonterías con ella, entre risas y bromas; el que iba detrás celebraba las monadas de su compañero y se atizaba algún que otro latigazo de whisky de la petaca que llevaba en su mano izquierda.

Angela se fijó en ellos, pensando que iban a pasar de largo, pero los tipos la descubrieron.

—¡Eh, mira eso, Candy! —exclamó el que pilotaba la moto, parándola al instante.

—¡Qué tía tan buena! —dijo su compañero—. Vamos a saludarla, Dino.

Angela se asustó al ver que los gamberros se apeaban de la motocicleta y venían hacia el coche. Sintió deseos de salir de él y

meterse corriendo en el edificio, pero no lo hizo.

Los tipos la hubieran seguido y, estando Kid en el edificio, eso no le convenía. Podría estropear los planes del boxeador e incluso provocar el que fuera descubierto.

Por si se veía obligada a defenderse, Angela se quitó un zapato y lo empuñó por la puntera, con disimulo. Con el tacón podía hacerles mucho daño a los gamberros, si les atizaba en la cara.

Los tipos alcanzaron el viejo Chrysler y se asomaron por la ventanilla.

—Hola, encanto —dijo el llamado Dino—. ¿Estás esperando a alguien...?

—Sí, a mi novio —respondió Angela.

—Con que tienes novio, ¿eh? —dijo Candy, el de la petaca de whisky, que apestaba a alcohol.

—Sí.

—Envidiamos al tipo, porque estás como un tren, pelirroja —piropeó Candy.

—Muchas gracias.

—¿Te apetece un trago, muñeca...?

—No.

—Oh, vamos, no desprecies el whisky de Candy, monada —dijo Dino—. Es excelente, te lo aseguro.

—No lo dudo, pero...

Candy casi le pone la petaca en la boca.

—¡Pruébalo y verás cosa rica!

Angela se hizo atrás.

—No tengo ganas de beber whisky ahora. Largaos y dejadme en paz.

Dino metió el brazo por la ventanilla y la agarró del pelo.

—¡Vas a beber, pelirroja!

—¡No!

—¡Adelante, Candy!

Este intentó introducir el cuello de la petaca en la boca, pero Angela no lo dudó más y le atizó con el tacón de su zapato en la cara, alcanzándolo en plena boca.

CAPITULO XI

Candy chilló como una rata, soltó la petaca de whisky, que cayó sobre la falda de Angela, y se llevó las manos a la boca. Una boca que ya chorreaba sangre, porque el furioso golpe de tacón le había partido ambos labios y además le había dejado un par de dientes bailándole en las encías.

—¡Me ha destrozado la boca, Dino...! —exclamó.

—¡Maldita! —rugió su compañero—. ¡Vas a lamentar lo que has hecho, pelirroja!

Angela gritó, porque el tipo le estaba tirando del pelo con ganas, pero eso no le impidió que ella le atizase con el zapato en la cara. Lo intentó, al menos, pero Dino andó listo y le sujetó el brazo antes de que el tacón percutiera en su rostro.

—¡Esta vez no te salió bien, zorra!

—¡Suéltame, animal!

—¡Ni hablar! ¡Entra en el coche, Candy! —indicó Dino.

Su compañero, que estaba deseando vengarse, no se hizo repetir la orden y rodeó rápidamente el coche, entrando en él por el otro lado, con una boca que causaba escalofríos.

—¡Sujétala, Candy, y entraré yo también! —dijo Dino.

Candy se echó sobre Angela, sujetándole ambos brazos, y luego la arrastró hacia sí, para dejarle espacio a su compañero.

Dino abrió la portezuela y se introdujo en el Chrysler.

—¡Ahora vas a saber lo que es bueno, pelirroja! —barbotó, y le metió la mano por entre los muslos.

Candy, por su parte, le presionó el seno derecho por encima de la blusa. De momento, claro, porque su intención era desgarrarle la blusa y dejarla con los pechos al aire.

Y la de Dino, arrancarle las braguitas y alcanzar su sexo.

Angela, adivinando las intenciones de los tipos, se debatía furiosamente, pero sin ningún resultado. Ni siquiera podía gritar, porque Dino le tapaba la boca con su mano derecha.

Se hallaba, pues, irresistiblemente perdida.

El único que podía salvarla era Kid Sullivan, pero como no apareciera pronto, no llegaría a tiempo de impedir que...

«¡Kid...!», exclamó Angela con el pensamiento, pues acababa de ver salir al boxeador del edificio, con muchas prisas. La joven creía que era porque Kid sabía lo que estaba ocurriendo, pero estaba equivocada.

El púgil ignoraba lo que estaba ocurriendo en el interior del Chrysler, pero, en cuanto descubrió que Angela estaba siendo atacada por un par de individuos, montó el cólera y se apresuró a defenderla.

—¡Soltadla, pareja de ratas! —rugió, al tiempo que abría la portezuela derecha del coche.

Candy se volvió, pero no pudo impedir que el boxeador lo agarrara con sus poderosas manos, lo sacara del vehículo como su fuera un trasto viejo, lo levantara por encima de su cabeza sin apenas esfuerzo y lo arrojara varios metros más allá.

El gamberro chilló mientras volaba por los aires como un pájaro.

Cuando se estrelló contra el suelo con tremenda violencia, Kid Sullivan ya estaba rodeando el Chrysler, para ocuparse del otro individuo.

Dino, aterrado por lo que acababa de presenciar, intentó escapar de la furia del boxeador, pero éste lo atrapó cuando ya salía del coche, lo levantó también por encima de su cabeza, y lo lanzó contra la motocicleta.

El tipo chilló mientras surcaba los aires y se estrelló contra su moto.

—¡Sube, Kid! —pidió Angela—. ¡Rápido!

El boxeador hubiera querido continuar con los tipos, pero comprendió que debían largarse cuanto antes de allí. Además, los gamberros habían recibido ya un buen escarmiento con el par de tremendos batacazos, como lo probaba el hecho de que continuasen ambos en el suelo, gimoteando de dolor, sin fuerzas para incorporarse.

Sullivan rodeó de nuevo al Chrysler y se introdujo en él.

Angela, que había arrojado la petaca de whisky por la ventanilla, estaba tratando de poner el coche en marcha. El motor empezó a funcionar antes que otras veces y el viejo Chrysler se puso en movimiento, alejándose rápidamente del 228 de Kinsey Street.

* * *

Kid Sullivan, que había vuelto un instante la cabeza, comprobando que los tipos seguían en el suelo, preguntó:

—¿Estás bien, Angela?

—Sí, Kid.

—¿Qué pasó?

—Ese par de gamberros querían divertirse conmigo. Le partí la boca a uno de ellos con el tacón de mi zapato, pero el otro me sujetó y no pude seguir defendiéndome. Menos mal que llegaste a tiempo, porque parecían dispuestos a arrancarme la ropa y hacerme de todo —explicó la joven.

—¡Cerdos!

—¿Te habrán reconocido, Kid...?

—No lo sé.

—Confiemos en que no, porque si avisan a la policía...

—¿De verdad no te hicieron ningún daño, Angela?

—Ya ves que no. Mi blusa está intacta, la falda también, y conservo mis braguitas. Querían arrancármelas, pero no les dio tiempo. Tenían prisa por practicar el vuelo sin motor — dijo la joven, con ironía.

Kid sonrió ligeramente.

—Ojalá tengan la mitad de los huesos rotos. Se lo merecen, por puercos.

—Desde luego. Y ahora, Kid, dime qué tal te fue con el agente Donovan.

—Mal.

—¿Estaba en casa...?

—Sí, pero no me dijo nada.

—¿Lo golpeaste?

—No, porque ya lo habían hecho otros antes que yo.

—¿Qué...?

—El policía está muerto, Angela.

La joven dio un fuerte respingo.

—¿Muerto, dices...?

—Lo mataron a golpes. Tiene, incluso, el cuello roto.

Angela se estremeció.

—Dios mío...

—No vayas a pensar que fui yo, ¿eh? Cuando entré en el apartamento, ya estaba muerto. Te lo juro, Angela.

—No es necesario, Kid. Te creo.

—Hacía, desde luego, muy poco que le habían dado la paliza. Su cuerpo aún estaba caliente y las heridas sangraban todavía. De haber llegado unos minutos antes, me hubiera encontrado con los tipos que la mataron.

—¿Por qué lo harían, Kid...?

—Se me ocurren varios motivos. Para no tener que pagarle la suma que le prometieron por colaborar, por ejemplo. O para sellarle la boca, simplemente. O quizá porque no consiguió detenerme.

—Pero, matarlo a golpes... ¿Por qué no le pegaron un par de tiros, como a Jerry Abbo?

—Yo también me he hecho la misma pregunta.

—¿Y tienes la respuesta, Kid?

—Creo que sí.

—¿Cuál?

—Quieren hacerme responsable también de la muerte del agente Donovan.

—¿A ti...?

—Sí, por eso lo mataron a golpes. De haberle pegado un par de tiros, la policía hubiera comprobado que las balas que tenía Donovan en el cuerpo no habían sido disparadas por la misma arma que las que tenía Jerry Abbot alojadas en el pecho, así que no hubieran podido cargarme este segundo muerto a mí. En cambio, matándolo a golpes...

—¿Y crees tú que la policía...?

—Puedes apostar a que sí. El agente Donovan era el único que podía declarar contra mí en el juicio, pero ya no podrá hacerlo, porque está muerto. Y para la policía, que ignora que Phil Donovan estaba metido en un asunto sucio, el único que podía beneficiarse con su muerte, soy yo.

Angela se mordió los labios.

—Entonces, tu situación es aún más difícil...

—Aparentemente, sí, porque se han cargado al hombre que podía decirme quién mató a Jerry Abbot y por qué. Y la policía, ahora, me buscará por dos asesinatos.

—¿Por qué has dicho «aparentemente», Kid?

—Porque, en realidad, tengo una pista.

—¿Una pista...?

—Verás, registré los bolsillos de Donovan, por si encontraba algo de interés. Y encontré esto.

El boxeador sacó algo del bolsillo de su camisa.

Angela miró el objeto.

—¿Una cajetilla de fósforos...?

—Sí, con un nombre y un número de teléfono anotados en su cara inferior. El nombre es Kingston.

—¿Y te suena de algo...?

—Sí.

—Habla, Kid. Me tienes sobre ascuas —confesó Angela, terriblemente nerviosa.

—Verás, Larry Tilton se entrenaba en el Gimnasio Kingston, propiedad de un tal Norman Kingston. Yo nunca he estado en él, pero sé dónde se encuentra. Y he visto un par de veces a Norman Kingston en el Madison Club. Anoche, por ejemplo, estaba allí, presenciando los combates. Y no parecía muy contento tras la derrota de Tilton.

—¿Y piensas que él...?

—Sí, puede ser el responsable de todo. Y creo que lo es, porque si no, ¿para qué diablos iba a anotar el agente Donovan en sus cerillas el nombre de Kingston y el número de teléfono de su gimnasio...?

—¿Qué piensas hacer, Kid?

—Visitar el gimnasio de Kingston, naturalmente —respondió el boxeador, sin dudar.

CAPITULO XII

El Chevrolet negro se estacionó frente al 302 de Ruston Street. Allí estaba el gimnasio Kingston.

McClure y Quincey, los tipos que golpearon brutalmente al agente Donovan antes de romperle el cuello y causarle la muerte, descendieron del vehículo.

Pero había un tercer hombre que también se apeó. Se llamaba Stack y era él quien había manejado el volante del Chevrolet. Cuando McClure y Quincey subieron a «pagarle» a Phil Donovan, Stack se quedó en el coche, vigilando la calle.

Y es que no eran necesarios los tres para darle el pasaporte el policía. McClure y Quincey se bastaban y se sobraban, como muy bien se demostró.

Los tres esbirros de Norman Kingston se introdujeron en el gimnasio, para informar a su jefe de que el agente Donovan había «cobrado» ya.

El despacho de Kingston se hallaba ubicado en el fondo.

McClure, Quincey y Stack atravesaron el gimnasio.

Un gimnasio espacioso, magníficamente montado, pues todo era moderno y no faltaba de nada. El material, desde luego, era de excelente calidad, razón por la cual se quedaba un hombre por las noches en el gimnasio, vigilando.

El tipo se llamaba Joe y era un boxeador retirado. Contaba cuarenta y dos años de edad, tenía la cabeza redonda como una sandía, y casi no le quedaba nariz.

No había sido, desde luego, un buen púgil, ya que carecía casi por completo de técnica y lo basaba todo en su pegada, bastante dura. En su pegada... y en sus marrullerías, ya que era un boxeador bastante cochino.

Empleaba casi tanto la cabeza como los guantes, castigando las cejas y los pómulos de sus rivales, la nariz y hasta las orejas, cada vez que se trababa. Y también daba algunos golpes bajos, recibiendo no pocas amonestaciones y hasta alguna que otra descalificación, por marrano.

Un angelito, el tal Joe.

A Norman Kingston, sin embargo, le hacían un gran papel en el gimnasio, pues, vigilancia nocturna aparte, cuidaba de todo el material, limpiándolo y arreglándolo, e impedía además que ningún curioso se colara en el local durante el día, cuando los boxeadores se estaban entrenando.

Allí sólo entraba la gente autorizada por Kingston.

Joe había mirado hacia la puerta al oír que se abría, pero al ver a McClure, Quincey y Stack, continuó sentado en su silla. Tenía

una revista de mujeres desnudas en las manos y la estaba ojeando sin prisas, deleitándose con las tentadoras formas de las chicas.

—Hola, Joe —dijo McClure.

—¿Qué tal, muchachos? —respondió el boxeador retirado, levantando un instante la mirada.

—Te siguen gustando las mujeres, ¿eh? —dijo Quincey.

—Más que comer con los dedos.

—¿Con cuál de estas te quedarías si te dieran a elegir...? —preguntó Stack.

—¡Con todas! —respondió Joe, sin dudar—. ¡Están de estupendas...!

Los tipos rieron y continuaron avanzando hacia el despacho de Norman Kingston. Como la puerta estaba cerrada, McClure llamó antes de entrar y dijo:

—Somos nosotros, jefe. ¿Podemos pasar...?

—Adelante, muchachos.

McClure abrió la puerta y entró en el despacho, seguido de Quincey y Stack.

—Misión cumplida, jefe —informó McClure.

—¿Algún problema?

—Ninguno.

—Dadme los detalles, muchachos —pidió Kingston, antes de llevarse a la boca el magnífico habano que se estaba fumando.

Era un cuarentón alto y apuesto, elegante, y estaba sentado en su sillón, al otro lado de la mesa, sobre la que tenía, al alcance de su mano, una copa de excelente whisky.

Fue McClure quien le relató lo ocurrido en el apartamento del agente Donovan, mientras Kingston tomaba la copa e ingería un par de sorbos de whisky.

Cuando McClure acabó, Quincey dijo:

—Coser y cantar, jefe.

—Ahora sólo falta que la policía atrape pronto a Kid Sullivan y lo acuse también de haber dado muerte al agente Donovan —añadió Stack, con una sonrisa.

—Sí, brindemos por eso —dijo Kingston—, Vamos, serviros sendas copas, muchachos. Os habéis ganado un trago.

McClure, Quincey y Stack no se hicieron de rogar, porque les encantaba el whisky de su jefe.

* * *

El viejo Chrysler de Angela Brimond se estaba aproximando al 302 de Ruston Street.

—Ahí es, Angela —indicó Kid Sullivan, encogido en el asiento.

La joven vio el rótulo que rezaba: «GIMNASIO KINGSTON».

Detuvo su coche a pocos metros del Chevrolet negro y dijo:

—Esta vez no me quedo en el coche, ¿eh?

—Debes quedarte, Angela.

—¡Ni hablar!

—En el gimnasio puede pasar de todo.

—Y aquí también. ¿O es que has olvidado lo que pasó en Kinsey Street...? Por quedarme en el coche casi me arrancan la ropa y me violan.

—Aquí no sucederá eso, Angela.

—¿Cómo lo sabes?

—Mujer, no van a atracarte cada vez que te detengas unos minutos en la calle...

—Por si acaso, prefiero entrar contigo. Teniéndote cerca, no temo nada ni a nadie. Eres tan fuerte... —dijo la joven, agarrándose de su brazo y descansado la cabeza en su hombro.

—Te pones mimosa para convencerme, ¿eh?

—Anda, vamos ya —sonrió Angela, y le besó en la mejilla, saliendo seguidamente del Chrysler.

No olvidó coger su bolso, por si tenía que estrellárselo a alguien en la cara.

Kid Sullivan rezongó algo, pero salió también del coche.

El gimnasio disponía de dos ventanas que daban a la calle, pero ambas estaban cerradas. No obstante, por las grietas se filtraba la luz del interior, lo que daba a entender que había gente allí.

Las ventanas eran altas, pero Kid, gracias a su elevada estatura, pudo aplicar el ojo a una de las grietas y echar una mirada al gimnasio, descubriendo a Joe.

Angela, que miraba nerviosamente hacia ambos lados de la calle, por si aparecía un coche-patrulla, preguntó:

—¿Ves algo?

—Hay un tipo sentado en una silla, ojeando una revista.

—¿Nadie más?

—No, pero se ve un despacho al fondo. Y tiene luz, así que hay gente en él.

—¿Norman Kingston...?

—Seguro.

—Bien, tú dirás.

El boxeador dejó de mirar por la grieta y dijo:

—El tipo que ojea la revista queda lejos de la puerta, pero nos verá en cuanto entremos. Me reconocerá, estoy seguro, y dará la alarma antes de que yo pueda cerrarle la boca con un puñetazo. Si estuviera más cerca...

—¿Quieres que lo atraiga yo, Kid? —sugirió Angela.

—¿Cómo?

—Con mi cuerpo serrano.

—De acuerdo, inténtalo. Pero sin enseñar demasiado, ¿eh? —advirtió el púgil.

—Sólo lo que haga falta —sonrió Angela, y se soltó un par de botones de la blusa.

—Descarada...

—¿Entro ya, Kid?

—Sí, adelante —respondió Sullivan, y volvió a aplicar el ojo a la grieta, para ver cómo reaccionaba el vigilante.

Angela abrió la puerta y se introdujo en el gimnasio.

—¿Se puede...? —preguntó, poniendo cara de ingenua.

Joe la miró y se quedó quieto como una estatua.

No podía creer lo que sus ojos estaban viendo. Se los frotó, para ver si desaparecía la imagen de aquella hermosa joven pelirroja, que parecía haber saltado de la revista que él estaba mirando, aunque con ropa.

Como siguió viendo a la chica, con la blusa descaradamente abierta, empezó a convencerse de que no lo estaba imaginando y se puso en pie, dejando la revista sobre la silla.

Sin embargo, no caminó hacia la puerta. Parecía esperar que fuera la pelirroja la que se adentrara en el gimnasio.

Angela, para atraerlo hacia ella, se abrió aún más la blusa con las manos y dijo:

—Huy, qué calor hace aquí...

Joe dilató los ojos, porque los soberbios senos de Angela quedaron totalmente visibles durante unos segundos.

—¡Qué par de tetas, madre! —exclamó, y trotó hacia la puerta, dispuesto a comprobar si eran de verdad o solamente fruto de su calenturienta imaginación.

Al verlo venir, Kid Sullivan retiró el ojo de la grieta de la ventana y fue hacia la puerta, para atizarle al tipo antes de que se le echara encima a Angela.

CAPITULO XIII

Angela Brimond se asustó un poco, pues a juzgar por la cara del individuo, la breve exhibición de sus senos le había vuelto loco de deseo.

Por si Kid Sullivan no intervenía a tiempo, la joven preparó su bolso. Pero, afortunadamente, el boxeador entró en el gimnasio en el momento justo.

—¡Déjame a mí, Angela!

—¡Encantada! —respondió ella y se hizo a un lado.

Joe se frenó al ver aparecer al púgil, al que reconoció al instante.

—¡Kid «Manos de Piedra...»! —exclamó.

—¡El mismo, cabeza de sandía! —respondió Sullivan, y le soltó un trallazo con la derecha.

El tipo se vino abajo en el acto y quedó inmóvil, con los ojos cerrados. La «pedrada» le había hecho perder el conocimiento.

Angela, que ya se estaba abotonando la blusa, sonrió y dijo:

—Deberían llamarte Kid «Cloroformo». Los duermes que da gusto verlo.

El boxeador soltó una risita y la cogió de la mano.

—Vamos, desvergonzada.

—Dio resultado, ¿no?

—Sí.

—Entonces, no critiques.

Caminaron los dos hacia el despacho de Norman Kingston.

Cuando pasaron por delante de la silla en la que estaba sentado Joe antes de ser tentado por Angela, ésta se fijó en la revista y descubrió que era de mujeres desnudas.

—¿Qué te parece lo que estaba mirando el tipo, Kid...?

El púgil se fijó también en la revista y sonrió.

—Seguro que tú le gustaste más que todas ésas.

—Bueno, es que yo soy de carne y hueso, no una fotografía.

—Por eso se volvió loco cuando te vio.

Siguieron avanzando hacia el despacho de Kingston, sin hacer ruido y sin cambiar más palabras. La puerta estaba cerrada, pero se podía oír lo que decían el propietario del gimnasio y sus hombres.

Por el diferente tono de las voces, Kid pudo saber que eran cuatro los hombres que había en el despacho. Y eso le preocupó un poco, porque no iba a ser fácil dominarlos a todos antes de que salieran a relucir las armas.

Y, más que por él, le preocupaba por Angela.

Temía que pudiera resultar herida.

Con los dedos de la mano, le hizo saber que había cuatro hombres

en el despacho. Angela entendió, pero no denotó temor alguno. Estaba junto a Kid «Manos de Piedra» y se sentía protegida, segura.

Por las palabras de Kingston y sus hombres, Kid y Angela se enteraron de que McClure y Quincey habían matado al agente Donovan, y también por qué.

—Donovan era un estúpido —dijo Kingston—. Pensaba que le iba a dar los cinco mil dólares, pero eso ni se me pasó por la imaginación, muchachos. De haber detenido a Kid Sullivan le habría dado quinientos, como mucho. Pero como se le escapó...

—Mejor así jefe —repuso McClure—. Con la excusa de que no fue capaz de arrestar a Kid «Manos de Piedra», se ha ahorrado usted quinientos dólares y además le hemos sellado la boca para siempre al policía, que también es importante.

—Efectivamente —asintió Kingston—. Así nadie sabrá nunca que a Jerry Abbot no lo mató Sullivan, sino tú McClure.

—Abbot era otro estúpido —opinó Quincey—. Debíó aceptar nuestra oferta y drogar a Sullivan, para que no pudiera vencer a Tilton. Si lo hubiera hecho, seguiría vivo.

—Así es. Aunque tampoco le hubiéramos entregado los cinco mil dólares, sino quinientos. Y se hubiera tenido que conformar. No quiso acatar nuestras órdenes, y lo pagó con la vida.

—Quizá pensó que no cumpliríamos nuestra amenaza, jefe —habló Stack.

—Sí, estaba asustado; muy asustado. Me fijé varias veces en él durante la pelea, y se le notaba. Deseaba que Tilton venciera a Sullivan, estoy seguro. Pero no fue así. Tilton no pudo en ningún momento con Sullivan y quedó en ridículo, echando por la borda mis esperanzas de verlo campeón. Eso le hubiera dado un gran prestigio a mi gimnasio y a mí mucho dinero, pero el bastardo de Sullivan me ha estropeado el negocio —masculló Kingston.

—Sullivan tampoco será campeón, jefe —dijo McClure—. Cuando lo atrapen y lo juzguen, le condenarán a cadena perpetua, como mínimo. O a muerte, porque le acusarán de dos asesinatos y no podrá demostrar que no los cometió él.

—Si lo condenan a muerte, lo celebraré. Brindemos porque así sea, muchachos.

Kingston y sus esbirros estaban haciendo entrechocar sus copas, cuando la puerta se abrió de golpe y Kid Sullivan entró en el despacho, preguntando:

—¿Puedo brindar yo también...?

* * *

Norman Kingston y sus hombres se quedaron de muestra.

Era difícil saber cuál de ellos tenía los ojos más abiertos.

—¡Kid Sullivan...! —exclamó Kingston, haciendo un gallo con la voz y perdiendo la copa, que se estrelló contra el suelo.

—¡El mismo, ratas asquerosas! —dijo el boxeador, y se lanzó sobre ellos, consciente de que debía aprovechar la sorpresa que su repentina aparición había causado a Kingston y sus hombres.

Tenía que evitar que ninguno de ellos empuñara la pistola, por su bien y por el de Angela Brimond, quien no dudó en entrar también en el despacho.

El puño derecho de Kid restalló en la mandíbula de Stack como un látigo y el tipo salió despedido.

Quincey reaccionó e intentó golpear al púgil, pero éste detuvo el puñetazo con facilidad y le hundió la diestra en el estómago. Quincey se dobló en el acto, bramando como un toro herido, pues sentía las tripas muy cerca de la garganta y pensaba que iba a echarlas todas por la boca.

Kid levantó el puño izquierdo y lo descargó sobre la cabeza del tipo, que no se abrió como una sandía de puro milagro, porque el mazazo fue tremendo.

Quincey cayó como una res apuntillada y quedó tendido a los pies del boxeador, absolutamente inmóvil.

McClure prefirió echar mano de su pistola automática, consciente de que era inútil enfrentarse con los puños a un púgil profesional de la categoría de Kid «Manos de Piedra».

El matón logró extraer su arma de la funda axilar, pero no pudo utilizarla, porque recibió un zambombazo de Kid y rodó por el suelo como una pelota.

Norman Kingston no llevaba ningún arma encima, pero guardaba una en el cajón superior de su mesa. Lo había abierto ya, dispuesto a empuñar el revólver calibre 38 de cañón largo, pero Angela Brimond, que lo vigilaba preferentemente a él, le atacó con su bolso.

—¡Quieto, cobarde!

Kingston gritó cuando el bolso de la joven se estrelló en su cara, porque el golpe fue sumamente doloroso. Prueba de ello es que le hizo sangrar por la nariz.

El propietario del gimnasio se olvidó de la pistola y se llevó ambas manos a la cara.

—¡Perra...! —rugió, masticando con los ojos a la pelirroja.

—¡La perra lo será tu madre! —replicó Angela, y disparó su pierna derecha, buscando con la punta de su zapato los órganos masculinos del tipo.

Y los encontró.

Lo supo al ver que Kingston lanzaba un terrible aullido, se

llevaba las manos al bajo vientre, y caía de rodillas, doblándose luego tanto que parecía estar orando en un templo musulmán.

Kid, que había presenciado la doble acción atacante de la pelirroja, rió y exclamó:

—¡Bravo, Angela!

Ella le miró.

—¡Ocupate de los otros, Kid, que de este gusano ya me ocupo yo! El boxeador observó a los hombres de Kingston.

El único que parecía haber perdido totalmente el conocimiento, era Quincey. Stack y McClure aún estaban conscientes, aunque no parecían tener fuerzas para levantarse.

Kid se iba ya hacia ellos, para apoderarse de sus armas, cuando Joe, el boxeador retirado, irrumpió en el despacho como un bisonte.

Angela lo vio y gritó:

—¡Cuidado, Kid...!

El púgil se volvió, pero no tuvo tiempo ya de esquivar la furiosa embestida del tipo, que le hundió su poderosa cabeza en el estómago y lo derribó violentamente.

McClure y Stack se dijeron que ahora tenían la oportunidad de empuñar sus armas y acabar con Kid «Manos de Piedra».

Angela los vio e hizo ademán de ir hacia ellos, para arrearles con su bolso, pero Norman Kingston, que había visto la acción de Joe, se arrojó sobre sus piernas y la hizo caer.

—¡Ya eres mía, zorra!

—¡Kid...! —chilló Angela.

Sullivan, desde el suelo, vio que la situación se había complicado mucho por culpa de Joe y se apresuró a soltarle una «pedrada» a éste, durmiéndolo de nuevo.

Después, empuñó velozmente el revólver que llevaba en el bolsillo.

McClure y Stack estaban a punto de disparar sobre él, pero Kid se les adelantó, lanzando un par de balas, que fueron a incrustarse en las cajas torácicas de los tipos.

McClure pasó a mejor vida en el acto, ya que el proyectil le tocó el corazón, y Stack sólo pudo vivir unos segundos más que él.

Kid se irguió y apuntó al propietario del gimnasio.

—¡Suéltela, Kingston, o me lo cargo también!

Norman, aterrorizado, soltó inmediatamente las piernas de Angela y ésta, antes de ponerse en pie, le estrelló nuevamente el bolso en la cara.

—¡Esto por llamarme zorra!

Kingston cayó de espaldas, sangrando por la boca, y gimoteó lastimosamente. Tenía los dos labios partidos.

EPILOGO

—Llama a la policía, Angela —indicó Kid Sullivan.

—En seguida —respondió la joven, y se acercó al teléfono que descansaba sobre la mesa de Norman Kingston.

—¡Lo negaré todo, Sullivan!

—¿De veras?

—¡No podrás probar nada!

Angela sugirió:

—Oblígale a hacer una confesión por escrito, Kid.

—Es una buena idea.

—¡No escribiré nada, no firmaré nada! —ladró Kingston.

—Ya veremos —repuso Kid, que ya venía hacia el propietario del gimnasio.

Lo agarró de la camisa con su mano izquierda y comenzó a abofetearle con la derecha. En cuanto Kingston probó la dureza de las manos del boxeador, cambió de idea y chilló:

—¡Lo confesaré todo, Sullivan! ¡No me pegues más...!

Y, efectivamente, hizo una confesión completa por escrito y luego la firmó.

Cuando llegó la policía, Quincey y Joe seguían aún inconscientes. Kid les puso al corriente y les entregó la declaración firmada de Norman Kingston, como confirmación a sus palabras, que habían sido corroboradas por Angela.

Los policías se alegraron de que Kid «Manos de Piedra» no hubiera asesinado a su preparador, porque le admiraban como boxeador, especialmente después de su sensacional triunfo frente a Larry Tilton, «El Tigre de California».

Los agentes de la ley se hicieron cargo de Kingston y su gente, y Kid y Angela pudieron regresar al apartamento de ella.

Una vez allí, el boxeador abarcó por la cintura a Angela y la besó en los labios con pasión. Después, la miró a los ojos y confesó:

—Te quiero, Angela.

—Y yo a ti, Kid.

—¿Cuántos años tienes?

—No se le debe preguntar la edad a una mujer, ¿no lo sabías?

—Tengo derecho a saberlo todo sobre ti.

—¿Por qué?

—Vas a ser mi esposa.

Angela casi se vuelve loca de alegría.

—¡Kid...!

—Si no me dices cuántos años tienes, no me caso contigo —bromeó el púgil.

—¡Veintitrés! —respondió ella, y ahora fue su boca la que buscó

el contacto con la de él.

Tras este segundo beso, más apasionado aún que el primero, Sullivan la cogió en brazos y repitió: —Te amo, pelirroja.

—Y yo estoy loca por ti, campeón.

Volvieron a besarse y Kid «Manos de Piedra» echó a andar hacia el dormitorio, para vivir otra maravillosa noche de amor con Angela Brimond, la mujer que había elegido por esposa.

FIN

GAÑE 1.000.000 DE PESETAS

ESCRIBA SUS DATOS PERSONALES (EN MAYUSCULAS)

NOMBRE

APELLIDOS.....

CALLE.....No

POBLACION

PROVINCIA.....

DATOS DEL QUIOSCO O LIBRERIA.....

PLAZA O CALLENo

POBLACION

PROVINCIA.....

● INSTRUCCIONES DEL
CONCURSO EN EL INTERIOR.



8 410018 024127

BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.
IMPRESO EN ESPAÑA

